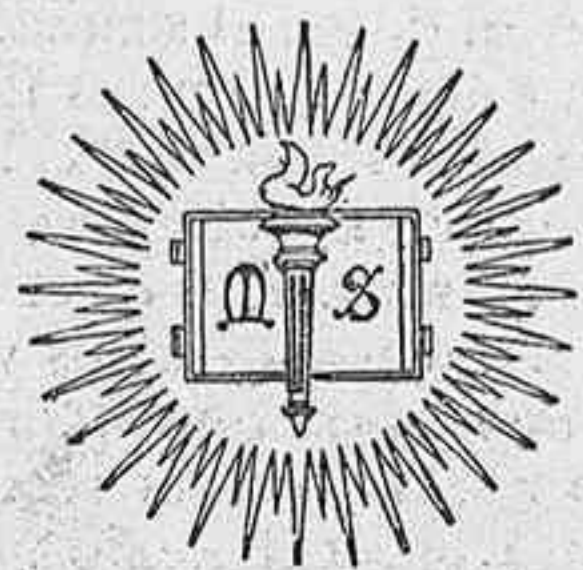


# Ilustración Artística



AÑO XXVIII

BARCELONA 23 DE AGOSTO DE 1909

Núm. 1.443

BARCELONA.—RECUERDOS DE LA SEMANA TRÁGICA (26—31 DE JULIO)



EL CALVARIO, tabla atribuida á Pablo Vergós, célebre pintor catalán de fines del siglo XV que existía en la capilla del Santísimo Sacramento de la iglesia de San Antonio Abad y que fué destruida por las turbas incendiarias. (De fotografía de A. Mas.)



**Texto.**— De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *Pensamientos*. — *Confidencias prácticas*, por R. Mesa de la Peña. — Barcelona. *Recuerdos de la semana trágica*. — Roma. *VI aniversario de la coronación del papa Pío X*. — Colonia. *El XX Congreso Eucarístico Internacional*. — La campaña de Melilla. — Barcelona. *Revista militar*. — Cleves. *Monumento al Gran Elector Federico Guillermo de Brandeburgo*. — La gran semana de la aviación. — El archivo de Guibray, novela ilustrada (continuación). — La mujer perfecta. *Cómo se consiguen salud, belleza y buena figura*, por Maude Odell.

**Grabados.**— *El Calvario*. — San Antonio Abad. — La doncella exorcizada. — San Antonio muerto. — San Antonio Abad visitando a San Pablo ermitaño, obras del pintor Pablo Vergós, que han sido destruidas por las turbas incendiarias. — Dibujo de Sardá que ilustra el artículo *Confidencias prácticas*. — Roma. *Misa celebrada en el Vaticano con motivo del sexto aniversario de la coronación de Pío X*. — Colonia. *El XX Congreso Eucarístico Internacional* (dos fotografías). — La campaña de Melilla (varios grabados). — D. Pedro del Real. — Maimón Mohamar. — *Vistas de algunos templos y conventos destruidos en Barcelona por las turbas incendiarias*. — Barcelona. *Revista militar*. — Cleves. *Monumento al Gran Elector Federico Guillermo de Brandeburgo*, obra de Enrique Jennen. — La gran semana de la aviación en la Champana. — Siete fotografías que ilustran el artículo titulado *La mujer perfecta*.

### DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

A la historia no le es lícito callar nada, decía un inolvidable maestro mío, notable historiador a su vez. ¡Cómo me acuerdo de esta frase y qué profundidad de sentido y de intención dolorosa hallo en su aparente sencillez, al tener que aludir a los sucesos ocurridos en Barcelona durante la última semana del pasado julio! A la historia no le es lícito callar nada... Pero el historiador o el cronista quisieran, en ocasiones como esta de que hablo, disponer de una virtud taumática y borrar de los anales de un pueblo las páginas que los ensombrecen, obrando el milagro de volver el tiempo atrás a fin de que lo ocurrido no hubiera ocurrido nunca.

Es imposible que comprenda el lector toda la violencia que debo hacerme para ingerir en estas crónicas, por hábito y naturaleza consagradas a asuntos amenos y apacibles, el recuerdo de las tristes jornadas que presencié y sufrió Barcelona. Únicamente los días de sol, los instantes felices y los hechos gloriosos deberían dar asunto a nuestras plumas. Quien sienta, como yo, horror al «sensacionalismo» periodístico y lo considere como un agente morboso que contribuye a mantener a las sociedades en agitación insana, podrá comprender aquella repugnancia a que me he referido más arriba. A tal repugnancia ingénita corresponde una perfecta inhabilidad para reproducir eficazmente las escenas de horror, de vandalismo y de libertinaje, con su secuela de lutos, miserias e infortunios para los mismos obcecados e infelices que las llevaron a término.

Entreténganse otras plumas en la descripción minuciosa del desorden, del incendio, de la ruina, del estrago... Yo renuncio a ese género literario y a la gloria que pueda traer aparejada. Yo no sé más que condolerme del espectáculo que se ha dado al mundo, de las víctimas del furor demagógico y de los mismos ilusos y seducidos por propagandas sin objetivo ni ideal concreto, como no sea llevar a un pueblo a la ruina y a algunos fanáticos a la perdición.

Mæterlink habla de un reloj de sol, que vió en cierta villa italiana, adornado de esta leyenda: *Horas non numero nisi serenas...* Seamos así nosotros: no tratemos más que de las horas claras, de los días brillantes, de los hechos en los cuales destella el origen divino del hombre con luz excelsa y soberana. Y echemos en olvido y aneguemos en piedad el luctuoso recuerdo de esa semana perdida para la civilización y el ascenso de un pueblo.

\*\*\*

Uno de los asuntos de mayor interés que quedan planteados en Barcelona para después de las vacaciones veraniegas, es el proyectado tributo de gratitud a Menéndez y Pelayo. Tiempo hace que esa gratitud iba tomando cuerpo en esta tierra y pugnaba por exteriorizarse en forma digna de ella y del ilustre santanderino que, tan noblemente, supo suscitarse.

¿Quién puede desconocer que, durante dos siglos largos, se movió Cataluña dentro de una ley histó-

ca desfavorable, arrastrando una de las decadencias más penosas de ver y contemplar que se hayan dado en la vida de pueblo alguno? El día en que se escriba la historia de esa decadencia y se puntualice la paulatina contracción y achicamiento que fué experimentando en todos los órdenes, desde el político al intelectual, desde la vitalidad del carácter a la potencia económica, desde el sentimiento de la propia dignidad a la esperanza en sus futuros destinos; el día en que aparezca ese libro ideal se habrá escrito el más elocuente de los alegatos, la más eficaz y persuasiva de las arengas. Más elocuente y persuasiva que todos los relatos heroicos y que todas las pinturas de las épocas de esplendor, porque habrá de encender los ánimos con el recuerdo corrosivo de la humillación y el abatimiento que engendran, a su vez, las nobles ansias de la rehabilitación y el desquite.

Pues bien: de ese decaimiento interior hubo de surgir y tomar cuerpo, lentamente, aquella desconsideración ajena que suele acompañar a todas las pérdidas de honor ó fortuna, así de los individuos como de las razas. Fué una *capitis diminutio* en toda regla, una descalificación progresiva que trascendió a todas las manifestaciones de la colectividad y que de lo presente se remontó a lo pasado y de lo práctico a lo especulativo.

La ciencia, la historia, que los teóricos nos presentan como entidades impasibles y justicieras, no susceptibles de ira, de venganza ni de bajeza, son, al fin y al cabo, creación de los hombres y emanación subjetiva de ellos. Con la historia y con la ciencia, producto de los hombres, se combinan las pasiones y prejuicios de cada edad, y ni aun el celo más exquisito alcanza a precaverse contra las sugerencias de lo contemporáneo ni contra la baja liga de los odios instintivos. Y así pudo contemplarse el emocionante espectáculo de una antigua y gloriosa nacionalidad disuelta, no sólo en sus formas orgánicas, sino proscrita en sus altos recuerdos y en el rastro de su vieja cultura y producción espiritual en forma que se prolongó, por inercia, hasta muy después que las corrientes universales del pensamiento y los grandes críticos de la era romántica vindicaban la civilización medieval, rehabilitaban sus libros y sus monumentos, exhumaban sus cronistas y sus trovadores; hasta muy después que un inopinado renacimiento venía a renovar aquí la instancia que se consideró prescrita para siempre.

\*\*\*

Como consecuencia de esa modalidad del pensamiento, según sabe todo el mundo, se había formado un tipo de historia española restringido, convencional y subordinado a uno solo de los factores ó componentes nacionales, y que esa historia y esa ciencia informaron de un modo exclusivo, é informan todavía en mucha parte, no obstante los progresos realizados, la enseñanza oficial. De ella fueron eliminadas una porción de corrientes caudalosas nacidas en los primeros tiempos de la Reconquista y que bajan engrosando, con diverso y magnífico tumulto a veces, hasta los días del descubrimiento de América.

Lenguas y literaturas peninsulares, organizaciones políticas, legislaciones civiles, matices especiales de la civilización, genio marítimo, aptitudes mercantiles é industriales de estos ó de los otros pueblos, todo cayó en olvido é indiferencia, á veces en mortificante desdén. Y así como los jesuitas expulsos en tiempo de Carlos III, al sentir en Italia el contacto agresivo del espíritu enciclopedista inauguraron, por reacción, la defensa y estudio de la cultura española en general, así también los eruditos é investigadores de Cataluña, por reacción contra esa ciencia «anticientífica», emprendieron la vindicación de nuestro pasado histórico. Por esto mismo, aquellas obras fundamentales que se llaman las *Memorias*, de Capmany; el *Diccionario de autores catalanes*, de Torres Amat; los *Condes de Barcelona*, de Bofarull, y hasta los mismos *Trovadores*, de Milá, tienen, en forma más ó menos expresa y latente, positivo carácter de polémica y alegato.

\*\*\*

Pero es el caso que ningún pueblo puede vivir exclusivamente de su propia substancia ni en aislamiento absoluto; y esto mucho menos cuando se trata de los grandes intereses del espíritu, de la inteligencia, del arte. Las formas del espíritu, de la mentalidad y del arte son nacionales y constituyen la más alta destilación y testimonio de los pueblos; pero su consagración y triunfo han de venir de fuera y han de traer, al lado de su sello propio, el refren-

do de lo universal y humano, de lo eterno y cosmopolita. Harto sabemos en la vida corriente el valor que tienen los elogios y ponderaciones de familia, por más que nazcan de sentimientos respetables y llenos de ternura. De poco sirven los panegiristas de dentro de casa si no aciertan a convencer a los vecinos, y por el intermedio de los vecinos, a los extraños.

Y este es el caso, precisamente, que nos liga a Menéndez y Pelayo con los sagrados vínculos de la gratitud patriótica. Ciertamente que antes de Menéndez hubo, en el propio siglo pasado, españoles y extranjeros que se preocuparon aisladamente de muchas cosas y temas nuestros, de nuestra antigua cultura, de la significación de Cataluña en el mundo. Mas ello fué siempre de un modo accidental y fragmentario, mientras el insigne Menéndez lo ha hecho todo de una vez, en una obra sostenida y constante, en la magna revisión á que ha sometido la ejecutoria de todos los pueblos peninsulares y su puesto en el concierto de la civilización. Ha hecho de una vez lo que intentaron sus predecesores, incorporando en definitiva á la historia de la cultura española y de la cultura universal esas aportaciones antes excluidas por el prejuicio ó ficción dominante y aun por el propio silencio y como renuncia de nuestros propios antepasados.

Tal resulta la obra del polígrafo montañés: una obra armónica, ponderada, de integración y restitución; una *Hispania major*, de la cual nada queda fuera, excluido, expulsado ni separado, en aquella orfandad de alma que tantas veces han tenido ocasión de sentir, en aulas universitarias y salones académicos, los hijos de esas tierras hasta hace poco infortunadas ó durmientes.

No es necesario puntualizar esa obra prodigiosa y la parte que nos corresponde de ella, desde el folleto primerizo sobre Arnaldo de Vilanova pasando por los *Heterodoxos* y las *Ideas Estéticas*, hasta los *Orígenes de la norda* y el reciente libro sobre *Juan Boscán*... Pero antes que esa labor objetiva conviene recordar la adopción intelectual á que en Barcelona y en sus escuelas se entregó de buen grado el prodigioso mancebo, al lado de peregrinos maestros dignos de este nombre, hasta adquirir aquella filiación de espíritu que, con tanta elegancia de expresión como generosidad y modestia, vino á confesar en la memorable velada del Ateneo Barcelonés, trazando la semblanza de Milá.

No hubiera enaltecido á nuestros autores ni consagrado á su vindicación tantas páginas calientes y admirables, y fuera hartamente honor para la tradición literaria y filosófica de Cataluña haber dado «estructura y consistencia» á esa mente y á ese carácter, haberle fijado en la posición filosófica que ha venido manteniendo hasta el día, y haberle conquistado para los métodos ó sistemas de criterio y de investigación que aquí sellaron la cera virgen de su ya deslumbradora adolescencia.

\*\*\*

¿Se comprende, pues, la absoluta adhesión que ha merecido la iniciativa de un tributo excepcional al escritor que de tal manera ha defendido la causa de nuestro nombre y honor ante el mundo? ¿Qué menos podemos hacer que difundir su obra asombrosa en larga y económica edición y pedirle la merced de que acepte una suma destinada á adquirir nuevos libros, esto es, nuevos instrumentos de trabajo, para su ya preciosa biblioteca?

He aquí una gran tarea preparada para los comienzos de octubre; tarea de paz, de amor y de confraternidad patriótica.

MIGUEL S. OLIVER.

### PENSAMIENTOS

El mérito de un hombre se reconoce siempre por el de las personas con quienes se trata.

MONTESQUIEU.

El hombre justo no es el que no comete una injusticia, sino el que, pudiendo ser injusto, no quiere serlo.

MENANDRO.

Después de haber reflexionado bien una cosa, no digas: «La haré»; di inmediatamente: «La hago». De este modo se fortalecerá la voluntad.

DR. MAX SIMÓN.

La impaciencia no libra de ningún mal; al contrario, es un mal muy agudo que se agrega á todos los demás.

FENELÓN.

Cuando hagáis limosna, esforzaos en consolar al pobre con el aire de satisfacción de vuestro rostro; hacéd ver al que recibe todo el placer que sentís socorriéndole.

SAN JUAN CRISÓSTOMO.



CONFIDENCIAS PRÁCTICAS

—Ven, siéntate aquí á mi lado; en este lindo rincón de mi casa que convierto en el santuario predilecto de mis amores, recordaremos incidentes de nuestra niñez, nuestra presentación en sociedad, las primeras cartas amorosas que recibimos de aquella turba de pollos almibarados que nos asediaba...

—¡Querida Luisa!..

—Y me contarás cómo se hizo tu boda y te referiré los incidentes variadísimos que precedieron á la mía... ¡Quién nos había de decir cuando nos separamos hace dos años que no nos volveríamos á ver solteras y sí como dos respetabilísimas señoras casadas!.. Habla, Andrea, habla..., ¡tengo unos deseos tan grandes de saber cosas de tu vida!

Calló la marquesita de Balzur, y tomando entre las suyas las manos de la linda baronesa, siguió interpeándola con los ojos.

—Estás guapísima, añadió; tu cabello rubio, que tanto gustaba á mi pobre madre, forma un marco encantador á tu carita de rosa y á tus ojos de color de cielo, antes alegres, tan alegres como una mañanita de primavera con pájaros que cantan y flores que perfuman el ambiente, y hoy tristonos como una tarde de invierno fea, sucia, insoportable... ¿Qué te pasa, Andrea?.. ¿No eres feliz?..

—¡No!, contestó la joven baronesa.

—¡Caramba!.. ¡Eso es grave!..

—Demasiado horrible, Luisa de mi alma, para que pueda tener los ojos tan alegres como antes, como... en tiempos más dichosos... Tú, en cambio, veo que eres feliz. La hermosa gitanilla del Sagrado Corazón no ha cambiado; brilla el placer en tus ojitos negros, asoma el gozo á tu cara trigueña y tienes la boca llena de risas... ¡Ay! ¡Tu marido debe ser muy bueno!

—¡Como lo será el tuyo!..

—¡No! El mío es... ¡endemoniado!..

—Y... ¿Lloras?

—Verás, Luisa, lo que sucedió ayer. ¡He sentido deseos de matarle y de matarme!..

—¡No, mujer!.. ¡Todo menos aspirar á heroína de una novela del año 40!

—Oye: ayer, á las seis de la tarde, llegó un chico de no sé qué agencia de recados con una carta para Antonio; carta que el criado dejó sobre una mesa. Entré casualmente en la habitación y vi la carta. La letra del sobre era de mujer; una letra inglesa que por lo bonita, por lo elegante, llenó mi corazón de negros presentimientos y de peligrosas curiosidades...

—Y... ¿qué?..

—Abrí la carta temblando: «Esta noche—decía—iré al teatro Español. Platea número 2. Te espero. MARÍA.» Lloré con mayor desconsuelo que cuando perdí á mi

madre, me retorci como una loca, sentí deseos vehementes de arrojarme por el balcón... Y llegó Antonio. «No irás donde te cita esa mujer,» le dije arrojándole á los pies la maldita carta. Me miró con asombro, leyó el papel y contestó tranquilamente: «¡Iré!—¡Pues daré un escándalo en el mismo teatro!, dije.—Lo sentiría por ti, me contestó, porque... ¡no volverías á pisar esta casa!..» Y fué al teatro; y lloré mucho durante aquellas horas interminables en las que veía á Antonio lejos, muy lejos de mí, y cerca... demasiado cerca de otra mujer á la que galanteaba... ¿Qué te parece, Luisa?.. Y no es esto solo; en los más insignificantes detalles siempre me contraría. «No me gusta que montes á caballo, porque hueles á cuadra cuando vienes, le dije una vez.» ¿Y sabes lo que me contestó después de mirarme con espanto? «Pues menos te gustará que venga oliendo á violetas el «día menos pensado,» cuando sabes que... no uso ese perfume...» Le prohibo que salga por la noche, y sale y vuelve á las tres de la mañana; ve que no tengo humor para arreglarme, y se ríe y censura «mi dejadez;» sabe que no me gustan las bromas, y... no me deja vivir con sus sarcasmos...

—¿Sabes en lo que estoy pensando?, preguntó Luisa sonriendo.

—¿En que soy muy desgraciada?

—No; en que has hecho horriblemente infeliz á tu marido, porque él te ama á ti y tú no le amas á él... al menos en apariencia.

—¡Qué disparate!

—Escucha, Andrea... Parte del principio—aunque la idea resulte un poco disolvente—de que los hombres casándose... no se casan nunca; somos nosotras, las mujeres, las que nos casamos.

—¡Valiente teoría!

—La realidad. Es preciso que la mujer—así me lo aconsejó mi pobre madre—tenga el tacto suficiente en el matrimonio para impedir que el marido se convierta en «señor» ó se transforme en «esclavo;» porque si lo primero es antipático y odioso, lo segundo es repulsivo y repugnante...

—¡En mi señor se ha transformado Antonio!

—Tú lo has logrado. Yo invité todas las noches á

Y tomando entre las suyas las manos de la linda baronesa, siguió interpeándola

Alberto, á mi marido, á que abandone mi compañía para distraerse con sus amistades, y... ¡cosa rara!, al revés que á Antonio, le molesta que le dirija indicaciones en ese sentido, y cuando sus asuntos le obligan á salir, se disgusta y gruñe como un ochentón, y yo tengo que consolarle diciéndole que... ¡le esperaré despierta!

—¡Qué felicidad!

—No, Andrea; qué buen sistema debieras decir. Yo hoy, casada, me cuido de mi «toilette» con más esmero que cuando era soltera, porque tengo el deber de no defraudar las dulces ilusiones de mi marido. El verdadero mérito de la mujer no consiste en casarse; la gran victoria es triunfar sobre todas las hembras en el cerebro y en el corazón del esposo. Con Alberto soy una coqueta consumada, y así evito que se convierta en «señor» ni se transforme en «esclavo.» Es, por el contrario, el eterno novio, el enamorado de siempre... ¡Y me guardo muy bien de abrir sus cartas! Ni miro los sobres, y por esta misma razón... mi marido me ruega muchas veces que abra yo el correo... «¡Esa es letra de mujer!, me dijo un día riéndose cuando me preparaba á abrir una carta.—Entonces, le dije entregándosela, guárdatela, porque debe interesarte mucho.» Y... ¿sabes lo que pasó? Pues que me dió un beso y no consintió abrir el sobre... ¡La carta era de un lacayo muy bruto que habíamos tenido!.. ¡Gracias á Dios que te ríes!.. Yo estudio los gustos de mi marido para complacerle, y averiguo lo que le desagradaría para no producirle inconscientemente contrariedades... Mira; hace unos días le dije qué tenía una cana cerca de la sien... y observé que no le había gustado, porque... es bastante presumido mi Alberto... ¿Sabes lo que hice cuando se durmió?.. ¡Pues arrancarle la cana!

—¡Luisa! ¡Daría un grito atroz el pobre!

—Nada; me dió un abrazo al día siguiente cuando le dije: «Alberto, ¿sabes que he sufrido un error?.. Aquel hilacho blancuzco que te vi en la cabeza no era una cana, porque... hoy no la tienes.» ¡Si vieras qué contento se puso!..

—¡Pero tú finges una comedia! ¡No sientes lo que

## BARCELONA

## RECUERDOS DE LA SEMANA TRÁGICA

A raíz de los tristes y vergonzosos sucesos que llenaron de dolor y de desolación a Barcelona durante aquella semana con razón calificada de trágica, no quisimos publicar nada referente á los mismos; el recuerdo era demasiado reciente, la impresión demasiado viva y la inquietud de los ánimos demasiado grande, y ante estas consideraciones y dada la índole de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, preferimos aplazar nuestra información para cuando la tranquilidad se hubiese restablecido.

Hoy creemos llegado para nosotros el momento de ocuparnos de tan horribles hechos, y en las páginas de este número verán reproducidos nuestros lectores, no sólo las vistas de los principales conventos y templos destruidos por los incendiarios, sino también algunas joyas artísticas que en alguno de ellos se guardaban y que manos criminales han hecho desaparecer para siempre.

A cincuenta, casi todos religiosos, se acerca el número de edificios quemados en aquellos días, y entre ellos cuéntanse, así iglesias dedicadas exclusivamente al culto, como asilos en donde se daba asistencia á la infancia menesterosa; lo mismo conventos cuyas comunidades consagrabanse á la vida contemplativa, que colegios en donde recibían sólida educación gratuita centenares de alumnos pobres.

Nada respetaron las turbas en su ansia de destrucción, y si en unas partes cometieron sacrílegas profanaciones, en otras quemaron monumentos que eran joyas por todo el mundo admiradas de la arquitectura catalana, valiosas obras de arte, como las tablas de Vergós, que en esta y en otras páginas reproducimos, archivos en donde se guardaban verdaderas preciosidades artísticas é históricas, magníficos materiales de enseñanza acopiados á fuerza de tiempo y de sacrificios, y hasta modestos ajueres de los asilos en donde se practicaba la santa caridad en beneficio de los desheredados.

No hemos de relatar minuciosamente los sucesos acaecidos; ya lo ha hecho la prensa diaria, y el entrar aquí en pormenores nos exigiría mucho mayor espacio que el de que disponemos. Además, ¿qué mejor relato que los grabados que publicamos? Viéndolos y teniendo en cuenta que son muchos, muchísimos más que los por nosotros reproducidos los edificios incendiados, se puede formar idea de la magnitud de los desastres de que nuestra ciudad ha sido víctima y contra los cuales ha protestado unánimemente la verdadera opinión pública barcelonesa. — C.

dices ni lo que haces! ¡No tienes nervios!, objetó Andrea.

—No lo creas; es que estoy convencida de la inexactitud del refrán que dice: «A la mujer y á la cabra, sogá larga.» Al marido es al que debe dejarse correr cuanto quiera, porque al fin y á la postre, desengañado y maltrecho, si no es un infame, volverá al lado de la madre de sus hijos... No olvides, Andrea, que á latigazos no se ganan las voluntades, y que en cambio con resignación y con dulzura se puede redimir un mundo. Por eso en la mayoría de los casos no son los maridos los que se separan de sus mujeres, son las mujeres las que alejan á sus maridos.

—Quizás tengas razón. Hablemos, pues, de cosas más agradables. ¿Tienes hijos?

—Pronto... relativamente, respondió Andrea poniéndose muy colorada.

—¡Vaya! Entonces eres feliz y... ¡yo también lo seré muy pronto! Oye, oye. ¿Dónde vas tú á encargar la canastilla? Sé donde hacen unas gorras preciosas y unas capas de encaje elegantísimas...

Fragmento de una carta de Andrea á Luisa dos meses después:

«Soy feliz, chica; ¡ahora sí que lo soy!.. He seguido tu sistema, y Antonio, mi marido, viene conmigo á todas partes, no sale de noche y yo le acompaño en coche en sus excursiones á caballo. ¡Siento más no poder montar!.. Para cuando esté ágil y más fuerte, tengo un alazán pura sangre de cinco años y cuatro dedos precioso... Entre Antonio y yo hemos elegido una canastilla «hasta allí» para el infante... porque es infante... ¡Si vieras qué gabinete rosa tengo!.. Es idéntico al tuyo... Estoy siempre contenta, muy alegre, libre de preocupaciones, y... ¡te lo debo á ti, gitanilla de mi alma!..

R. MESA DE LA PEÑA.

(Dibujo de Sardá.)



San Antonio Abad, tabla de Vergós

que existía en el coro de la iglesia de San Antonio de esta ciudad y que fué destruída por las turbas incendiarias durante la semana trágica. (De fotografía de A. Mas )



La doncella exorcizada.— Un milagro por intercesión de San Antonio, Fragmentos del retablo original de Vergós que existía en el altar mayor de la iglesia de San Antonio Abad y que fué destruído por las turbas incendiarias. (De fotografías de A. Mas.)



SAN ANTONIO ABAD VISITANDO Á SAN PABLO ERMITAÑO,  
fragmento del retablo original de Vergós que existía en el altar mayor de la iglesia de San Antonio  
y que fué destruído por las turbas incendiarias. (Fotografía de A. Mas.)

## ROMA.—VI ANIVERSARIO DE LA CORONACIÓN DEL PAPA PÍO X

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa pa-

Las deliberaciones del congreso duraron cinco días y terminaron con una procesión grandiosa, que constituyó un espectáculo realmente sublime.

La ciudad se había engalanado, y en todas las calles por donde había de pasar el Santísimo Sacramento flotaban guirnaldas, banderas y otros adornos.

En las puertas de las iglesias había dispuestos altares, en torno de los cuales agrupábanse el clero parroquial y las corporaciones de muchachas, que lucían trajes blancos y ostentaban en las manos dorados lirios.

La animación en las calles antes de la salida de la procesión y durante el paso de ésta fué extraordinaria, pudiendo afirmarse que la muchedumbre de espectadores no bajaría de sesenta mil, ni de setenta mil el número de los que de la procesión formaron parte. Estos, distribuidos en líneas de seis, desfilaron rezando con el mayor recogimiento durante dos horas y media: primeramente iban las congregaciones de jóvenes y de hombres de Colonia, después las demás asocia-

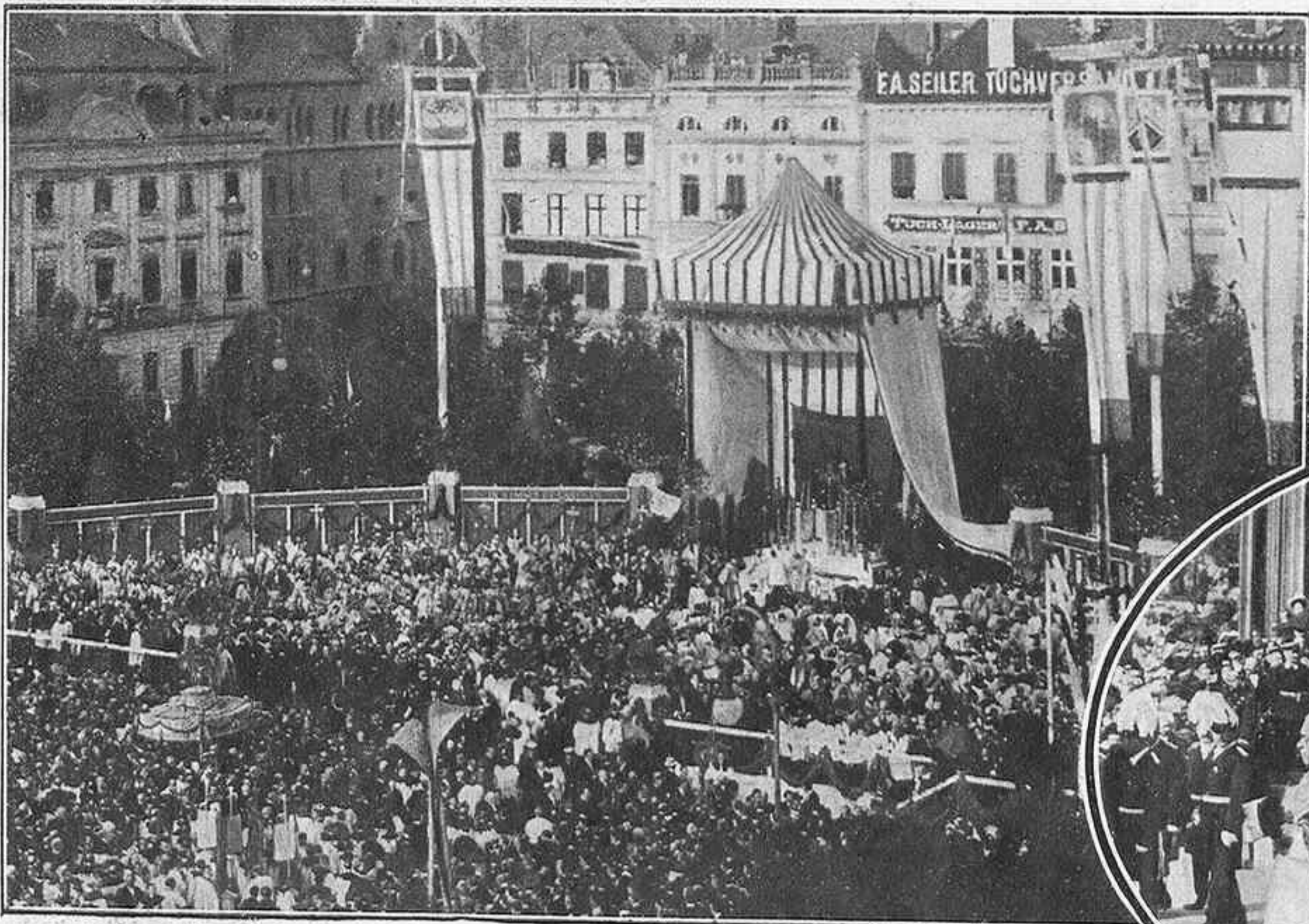
ciones alemanas, las de Londres, París y Zurich; 250 sociedades obreras, los mineros cristianos de varias regiones con sus banderas bordadas y sus coros; las sociedades de jóvenes polacos, las de estudiantes alemanes, las representaciones holandesas, inglesas, italianas, españolas, belgas, francesas; religiosas de varias órdenes, frailes y sacerdotes, las parroquias de Colonia, delegaciones de capitales extranjeras y de facultades de Teología, el alto clero, representado por quince abades mitrados, quince vicarios apostólicos, cincuenta obispos y seis arzobispos, y finalmente el Santísimo Sacramento, llevado bajo palio por los caballeros de Malta con la espada desnuda y seguido de los cardenales, autoridades civiles, diputados católicos, etc.

Al llegar á la plaza Neu Mark, aquellos millares de fieles entonaron el *Tedéum* y recibieron la bendición del cardenal Vanutelli.

Mientras duró el congreso hubo por las noches magníficas iluminaciones en toda la ciudad; uno de los grabados que adjunto publicamos permite formarse una idea del efecto fantástico que esas iluminaciones producían.—D.



Roma.—Solemne misa papal celebrada en el Vaticano el día 9 de los corrientes con motivo del sexto aniversario de la coronación de Pío X. El papa en su trono durante el «Gloria.» (De fotografía de Carlos Abeniacar.)



Colonia. El XX Congreso Eucarístico Internacional. Bendición dada al pueblo por el cardenal Vanutelli durante la procesión, á la que asistieron 60.000 personas (De fotografía de Carlos Trampus.)

cuatro subalternos más antiguos del cuerpo de gendarmes. Este, con su bandera, estaba formado en el patio de San Dámaso; el comandante, conde Giacomini, después de leer el breve en que se concedían aquellas distinciones, llamó á los agraciados y les entregó las condecoraciones. Después, el cuerpo desfiló delante de los cuatro condecorados, y el papa, desde una de las galerías, dió á todos la bendición apostólica.

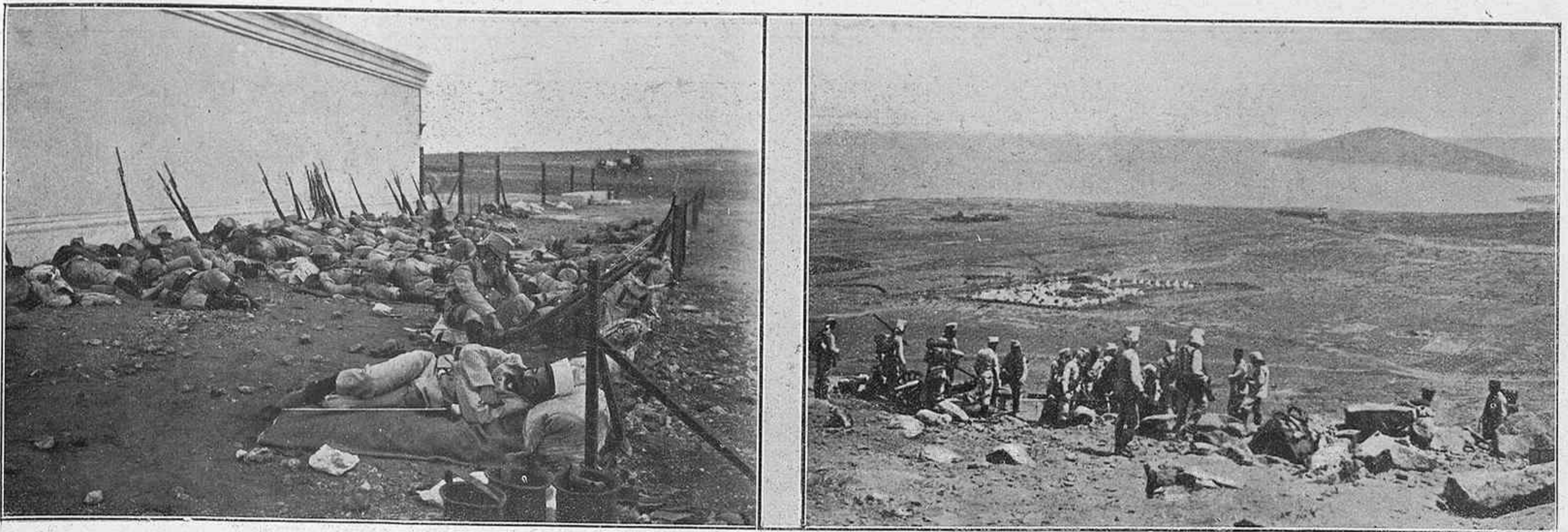
## COLONIA.—EL XX CONGRESO EUCARÍSTICO

En la monumental ciudad del Rhin se ha celebrado recientemente el XX Congreso Eucarístico Internacional, al que han acudido ilustres dignidades de la Iglesia, sacerdotes y laicos de diferentes países.



El cardenal Fischer, arzobispo de Colonia, á la salida de la catedral (De fotografía de Carlos Delius.)—Iluminación de la catedral y de otros edificios con motivo del Congreso Eucarístico. (De fotografía de C. Trampus.)

LA CAMPAÑA DE MELILLA. (De fotografías de M. Asenjo.)



Descanso de tropas junto á un fortín.— Instalación de una sección de artillería de montaña frente al Hipódromo en el campamento de la segunda caseta

En el momento en que escribimos estas líneas, continúa la situación general tal como estaba al redactar las notas de la semana última. Los convoyes de aprovisionamiento siguen

cautivos prosiguen con el mejor éxito, y el Peñón de la Gomera y Alhucemas han de sostener cada noche nutrido fuego contra los moros que desde lejos los atacan, sin que hasta ahora hayan tenido aquellas guarniciones más bajas que la del farmacéutico militar Sr. Méndez, que en el Peñón fué mortalmente herido el día 12.

Los buques de nuestra escuadra coadyuvan eficazmente á las operaciones del ejército de tierra, batiendo con su artillería las posiciones de los moros y persiguiendo el contrabando de armas que en aquellas costas se hace

Han comenzado á funcionar con resultados excelentes los cañones de sistema Schneider, que hacen veintidós disparos por minuto y permiten rectificar la puntería con rapidez extraordinaria. El día 11 una batería de ellos, instalada en el frente principal del campamento del Hipódromo, rompió el fuego contra las escabrosidades del Gurugú, en donde los moros, convencidos de que nuestra artillería no podría alcanzarles, tenían establecido una especie de fortín y un caserío. Desde el segundo disparo, los efectos de aquellas piezas fueron terribles; las granadas rompedoras inventadas por el ilustre jefe de la artillería española Sr. Aranaz, que son las que los tales cañones utilizan, destruyeron varios edificios y causaron estragos entre los rifeños. Una de las casas arrasadas fué la de el-Chaldi, jefe de la *jarba* marroquí.

Son muy contradictorias las noticias que de ésta se reciben en nuestro campo, y mientras según unos hállase minada por disensiones intestinas que la debilitan en extremo, al decir de otros el-Chaldi es por todos obedecido y ve aumentados sus contingentes con refuerzos del interior. Lo que parece cierto es que los rifeños están construyendo trincheras y otras obras de defensa hacia la parte de Nador, que es por donde esperan ser principalmente atacados cuando se efectúe el movimiento, que, á juzgar por varios indicios, no tardará en iniciarse, pudiendo muy bien ser que haya empezado ya cuando el presente número llegue á manos de nuestros suscriptores. Una de las cosas que nos inducen á suponerlo así, es la alocución dirigida por el general Marina al ejército de operaciones el día 15 de este mes: es un documento elocuente, sobrio, enérgico y lleno de patriotismo, en el que el comandante en jefe, después de enumerar las muchas ventajas que tienen nuestras tropas sobre el enemigo, da á los soldados prudentes órdenes y consejos de gran valor en la nueva y próxima fase de la campaña, les promete conducirlos á la victoria, y recordando la misión que Europa ha confiado á España y la que la patria les ha confiado á ellos y aludiendo hábilmente á la guerra de África de mediados del pasado siglo, los excita á rendir culto fervoroso á la disciplina y al honor y á cumplir el deber que con el rey y con la patria tienen contraído.

Esta alocución, que ha sido impresa y repartida en los

campamentos, ha producido el mejor efecto entre las tropas. También ha sido recibida con general aplauso la orden del general Marina disponiendo que cada batallón forme una comi-



El general de brigada D. Pedro del Real, segundo jefe de la plaza de Melilla y uno de los principales colaboradores del general Marina

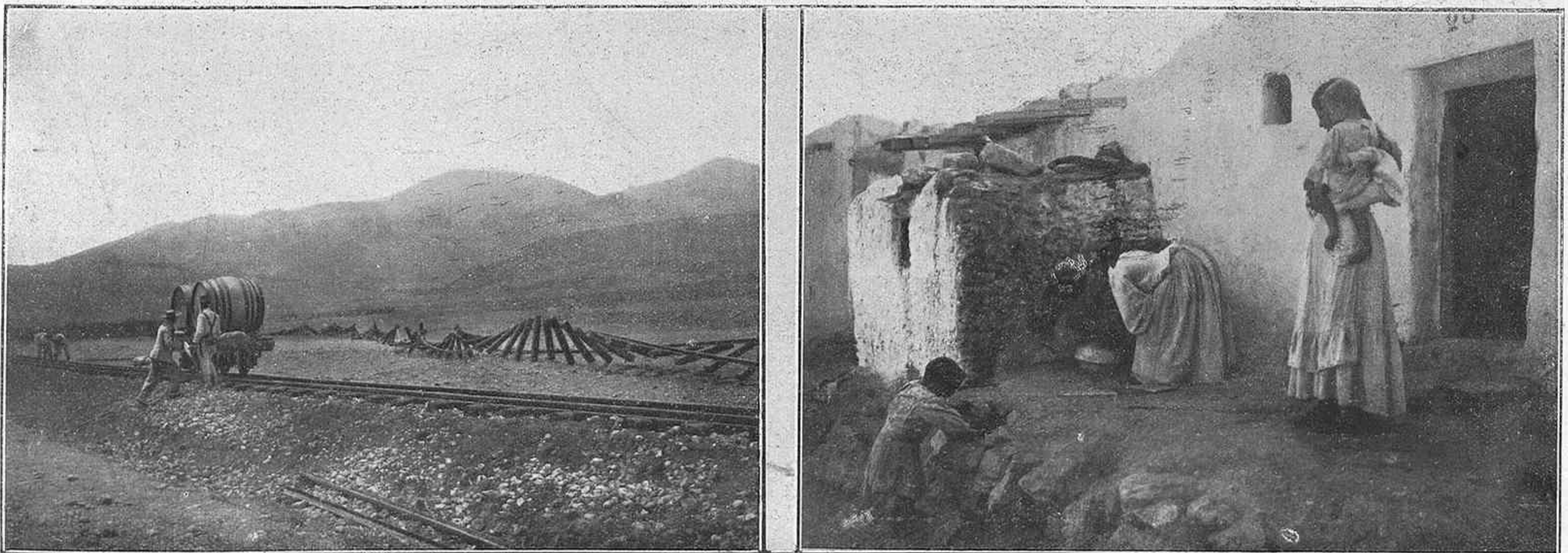
siendo hostilizados á diario por los rifeños, sin consecuencias graves para nuestras tropas; éstas conservan siempre las mismas posiciones; la artillería cañonea con frecuencia los sitios en que el enemigo se guarece; las ascensiones de los globos



Maimón Mohamar, moro confidente de España

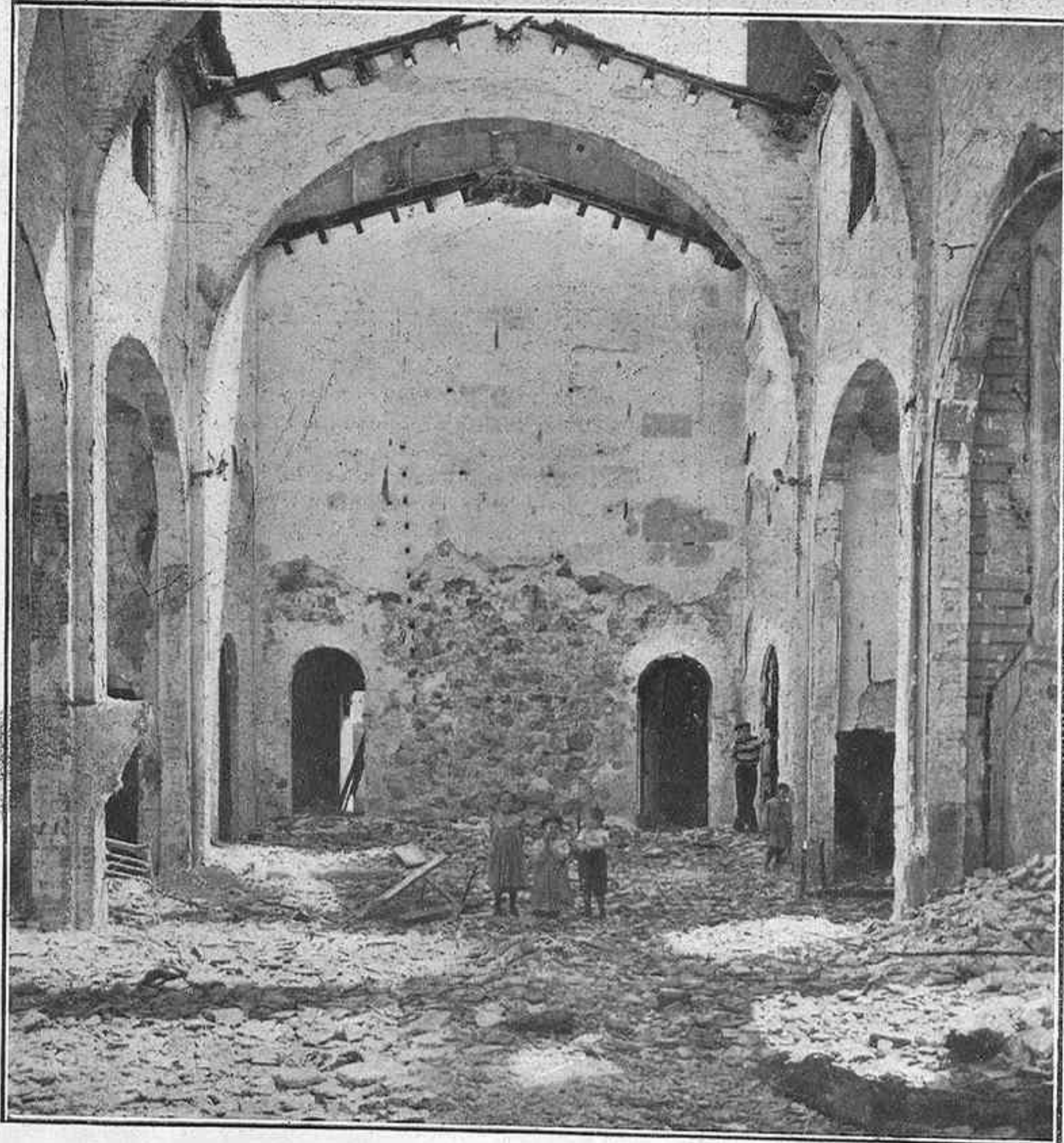
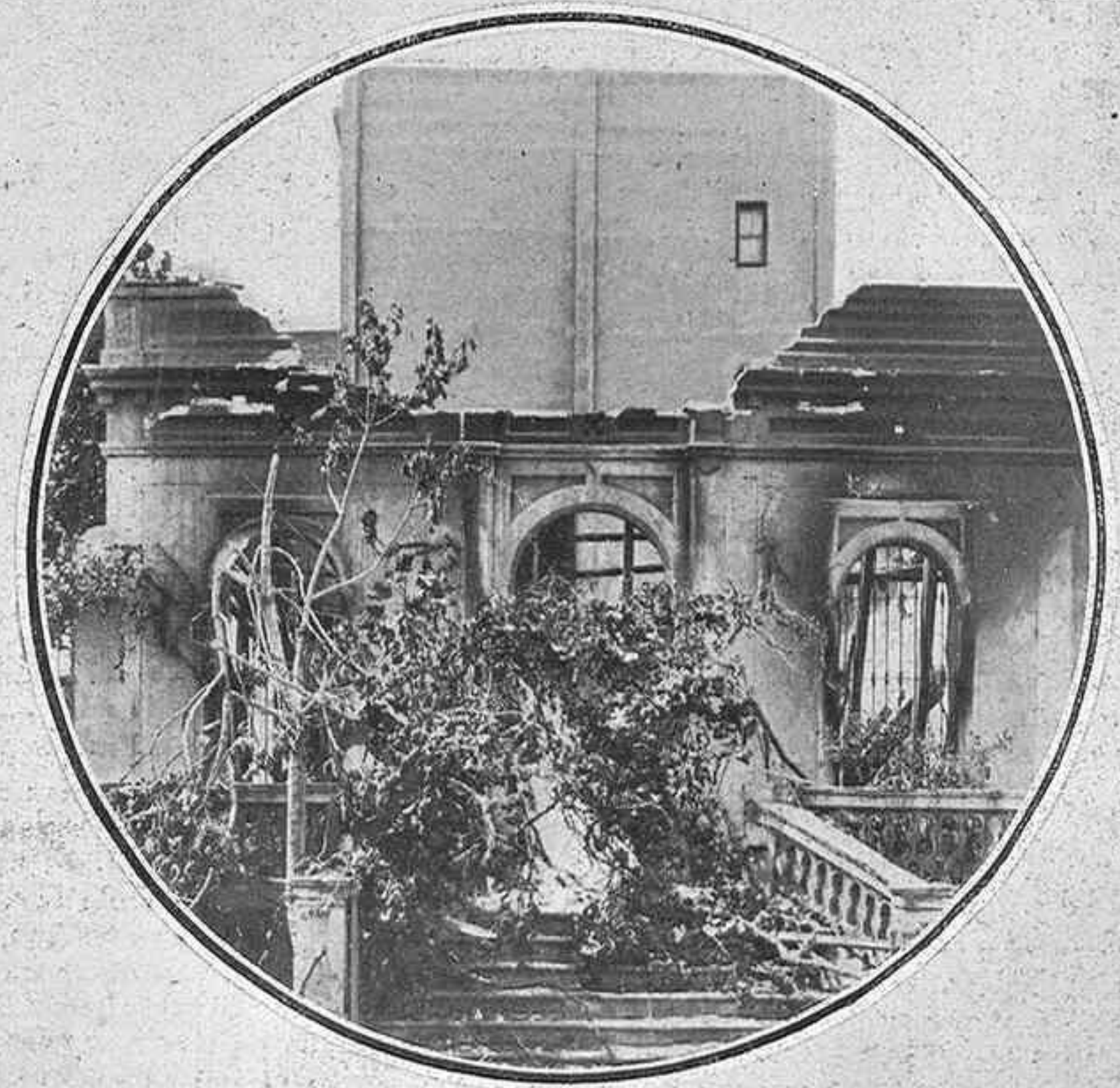
pañía con los reservistas casados y viudos con hijos, las cuales compañías serán destinadas al servicio de guarnición de Melilla y de las Chafarinas.

Son asimismo en gran número los reservistas de aquellas condiciones que se emplean en trabajos de fortificación, cobrando por ellos un jornal de 2'75 pesetas diarias. — R.



Destrozos causados por los moros en el ferrocarril minero y pruebas del mismo al ser recompuesto Casa de hebreos en el campo exterior de Melilla

(De fotografías de nuestro reportero Sr. Merletti.)



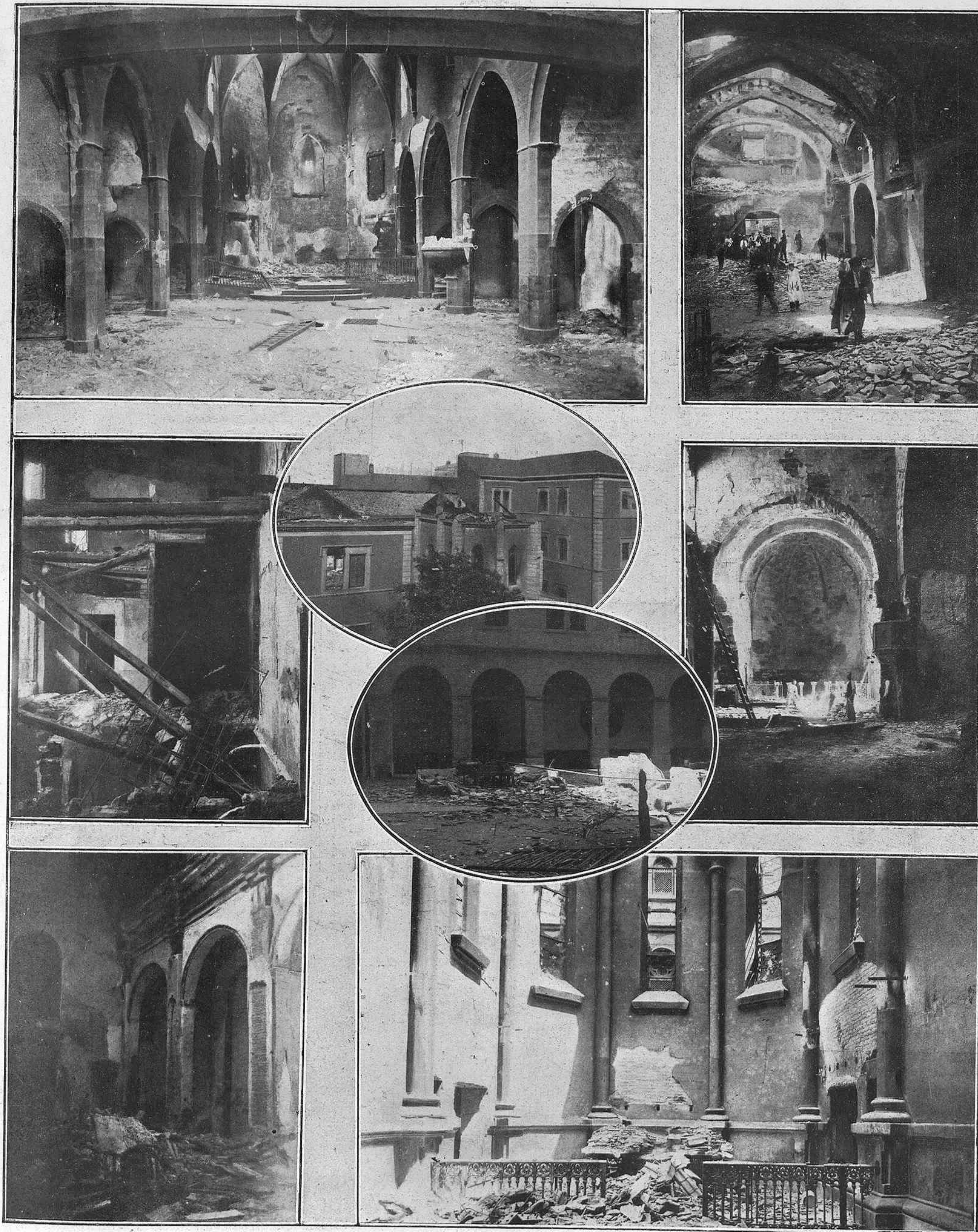
VISTAS DE ALGUNOS TEMPLOS Y CONVENTOS DESTRUIDOS POR LAS TURBAS INCENDIARIAS

Edificio de las Escuelas Pías de San Antonio, en donde se daba instrucción gratuita á gran número de alumnos menesterosos. — Claustro del convento de los Misioneros del Sagrado Corazón de Jesús y convento de San Miguel. — Convento de los Hermanos de la Doctrina Cristiana. — Interior de la antigua iglesia parroquial de Santa Madrona. — Interior del convento de las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl. (Granja Experimental.)



BARCELONA.—RECUERDOS DE LA SEMANA TRÁGICA (26—31 DE JULIO)

(De fotografías de nuestro reportero Sr. Merletti.)



VISTAS DE ALGUNOS TEMPLOS Y CONVENTOS DESTRUIDOS POR LAS TURBAS INCENDIARIAS

Iglesia de San Antonio Abad, en donde existían las famosas pinturas de Vergós que en otras páginas reproducimos. — Convento de las Jerónimas. — Convento de Religiosas de Nuestra Señora de Loreto. — Asilo de las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl de la calle de Aldana, en donde se instituía y mantenía á trescientos niños, hijos de obreros. — Patio del convento de las Arrepentidas. — Parroquia de San Pedro de las Puellas. — Iglesia de Nuestra Señora de la Ayuda. — Iglesia del convento de las Siervas de María.



Barcelona.—Revista militar efectuada el día 12 de los corrientes.— El capitán general D. Luis de Santiago presenciando el desfile de las tropas.

#### BARCELONA. — REVISTA MILITAR

Con muy buen acuerdo, una vez restablecida en esta capital la tranquilidad tan hondamente turbada durante la semana trágica, decidió el capitán general de esta región D. Luis de Santiago revistar las fuerzas del ejército que actualmente guardan Barcelona, haciéndolo separadamente de las montadas y de las de a pie.

La primera revista efectuóse en la tarde del 12, y en ella tomaron parte los regimientos de dragones de Santiago, Montesa y Numancia, los de Almansa, Alcántara y Castillejos, el noveno regimiento montado de artillería y los escuadrones de la guardia civil. Estas fuerzas, que constituyen una brigada mixta al mando del general D. Germán Brandeis, formaron



Cleves.—Inauguración del monumento erigido al Gran Elector Federico Guillermo de Brandeburgo, obra de Enrique Jennen. (De fotografía de C. Delius.)

en la Gran Vía Diagonal. El capitán general, acompañado de los generales con mando y de su Estado Mayor, ayudantes y escolta, presentóse á las cinco y veinte, revistó las tropas empezando por el Paseo de Gracia y siguiendo por la Gran Vía Diagonal hasta el Salón de San Juan, y situóse luego en el Paseo de Gracia, en el cruce con la calle de Mallorca, para presenciar el desfile de las tropas.

La revista de las fuerzas de infantería, ingenieros y comandancia de artillería se efectuó el día 16 á la misma hora y en el mismo sitio que la anterior. Las fuerzas revistadas fueron: los regimientos de Mallorca n.º 13, de Aragón n.º 21, de la Constitución n.º 29, de la Lealtad n.º 30, de Granada n.º 34, de Vergara n.º 57, de Alcántara n.º 58 y de Mahón n.º 63, la comandancia de artillería y los ingenieros, que formaban una brigada mixta al mando del general D. José Mora y Mur, y que, después de revistadas, desfilaron en columna de honor delante del capitán general.

Ambos actos fueron presenciados por un público numeroso, que saludó respetuosamente al general Santiago y las banderas de los cuerpos.



Desfile del noveno regimiento montado de artillería delante del capitán general (De fotografías de nuestro reportero Sr. Merletti.)

#### CLEVES. — INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO

AL GRAN ELECTOR FEDERICO GUILLERMO DE BRANDENBURGO

Con ocasión del tercer centenario de la unión del ducado de Cleves al Brandeburgo, se ha inaugurado el día 9 de los corrientes en Cleves el monumento erigido á la memoria del Gran Elector Federico Guillermo, una de las más grandes figuras de la historia de Alemania, que supo crear un ejército poderoso con el que realizó valiosas conquistas y fomentó el bienestar interior de su país, favoreciendo la agricultura, protegiendo la inmigración, libertando la industria y el comercio de las trabas que hasta entonces habían dificultado su desarrollo, construyendo importantísimas obras públicas, estableciendo la paz entre las distintas religiones y, en una palabra, haciendo de su Estado una gran potencia y preparando el camino á su hijo, Federico III, para ser proclamado rey de Prusia.

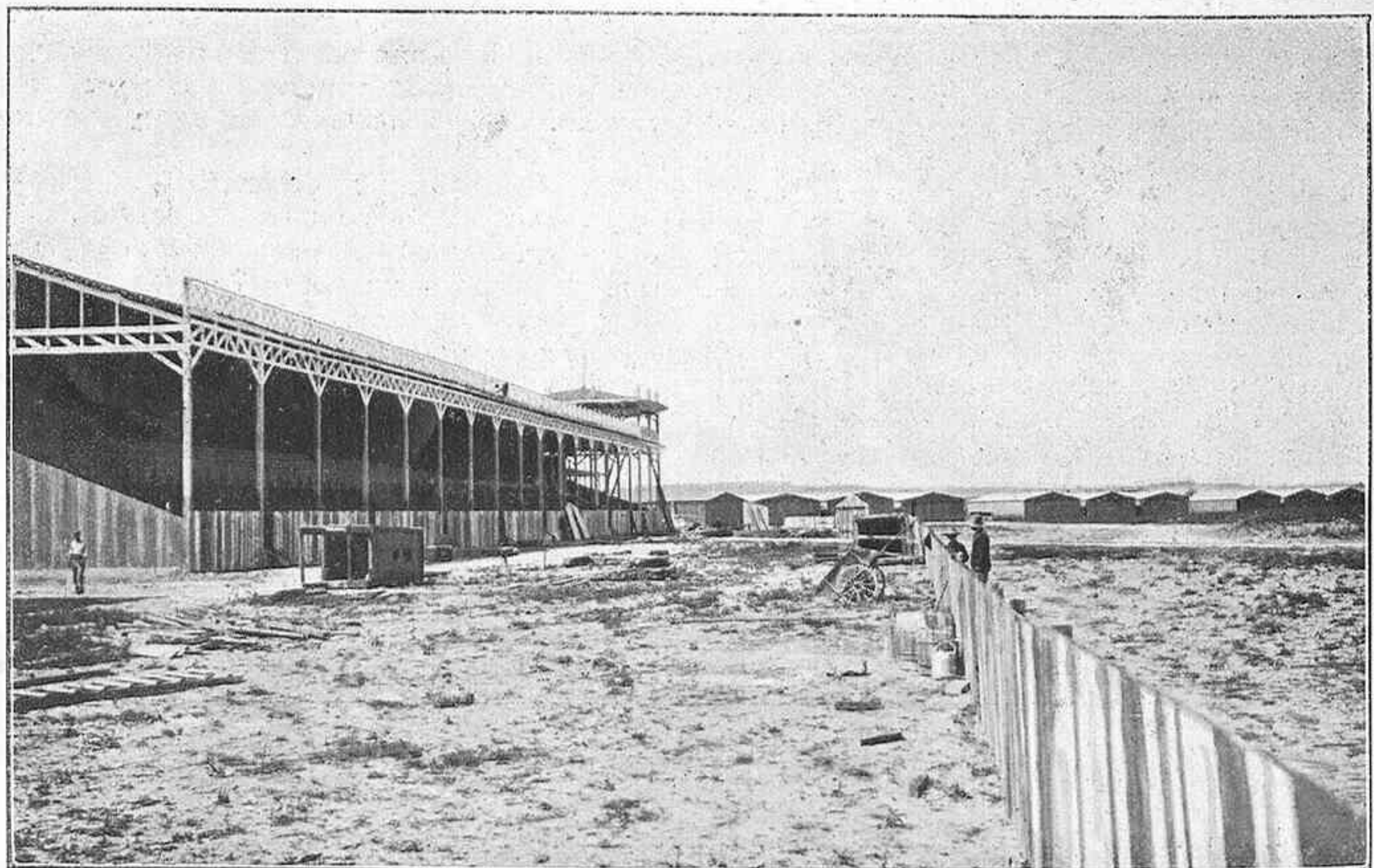
A las fiestas con aquel motivo celebradas en Cleves asistieron el emperador y la emperatriz de Alemania. Guillermo II, en el acto de inaugurar el monumento, pronunció un patriótico discurso haciendo la historia del ducado de Cleves, y recordando que en esa ciudad, próxima á los Países Bajos, residió á menudo el Gran Elector, quien concibió en ella los

Champaña, primer concurso en su género y que promete revestir excepcional importancia, así por el número como por la calidad de los que en él se han inscrito.

Estos son veintiséis y algunos de ellos concurrirán con tres y cuatro aparatos; en la lista se leen los nombres de los aviadores más conocidos, como Bleriot, Sommer, Farman, Santos Dumont y Tissandier, que tienen en su haber no pocas proezas, al lado de otros más modestos y aun de algunos desconocidos.

Un *meeting* de tanta magnitud requería un lugar grandioso y al mismo tiempo cercano á grandes poblaciones que ofrezcan recursos suficientes á los millares y millares de espectadores que acudirán á presenciar los interesantes experimentos. Sus organizadores han estado, pues, acertados al escoger la inmensa llanura de Betheny, que ha permitido construir una pista de diez kilómetros de ruedo y que se halla cerca de dos ciudades tan importantes como Reims y Epernay.

Las tribunas son grandiosas y sólidas, y próxima á ellas extiéndese la línea de los cobertizos en donde se han de guarecer los aparatos voladores, empezando por los de los biplanos y siguiendo los de los aviadores Antoinette, R. Esnault-Pelterie y Bleriot; en segunda fila hay los de los aparatos Farman y á un extremo el de las máquinas Wright.



La gran semana de la aviación en Champaña.—Vista de las tribunas y de los cobertizos destinados á los aeroplanos que han de tomar parte en el concurso (De fotografía de M. Rol.)

vastos proyectos cuya paciente realización hicieron de él el verdadero fundador del Estado prusiano.

«Los sucesores del Gran Elector —añadió— no han olvidado tampoco que la posesión de este territorio de la región inferior del Rhin ponía una joya más en su corona. Al erigir la estatua ecuestre del Gran Elector, los habitantes de Cleves se han levantado á sí mismos un monumento que recuerda la fidelidad de la adhesión que han demostrado siempre á sus soberanos, así en los buenos como en los aciagos días.»

El monumento que adjunto reproducimos, grandioso y severo, ha sido ejecutado por Enrique Jennen, según el proyecto del escultor berlinés Breuer.

#### LA GRAN SEMANA DE LA AVIACIÓN

EN CHAMPAÑA

Cuando este número llegue á manos de nuestros suscriptores, habrá comenzado ya la gran semana de la aviación en

# EL ARCHIVO DE GUIBRAY

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Se le creyó á ciegas, porque nadie mejor que él sabía mentir y desnaturalizar sus impresiones reales. ¿Cuál era la situación exacta de aquel bandido disfrazado que hacía necesariamente traición á uno

todo en la época turbulenta, en que todo iba á merced de las corrientes.

En Guibray, á la represión siguió un triste silencio; el hambre hizo otras víctimas, los fatalistas por

espesura de un bosque; la otra era su mujer, Paulina Belestat, que vivía al lado de la baronesa.

Si la primera tenía razones para odiar á la raza señorial, permaneciendo fiel á la memoria de su esposo ajusticiado, la segunda era incomprensible.

Bertilla deducía que en la escuela de su marido había contraído la fe revolucionaria; otros pretendían que era simplemente ingrata y ambiciosa.

Se lo debía todo á los Guibray, incluso su dote, pues el barón Carlos le había regalado, el día de su boda, una cantidad importante.

Pues bien: era quizá esa Paulina, perteneciente ahora á la familia Faulque, la que con más frenesí consideraba las perspectivas abiertas. Parecía abrigar contra el barón una aversión particular, y clamaba al cielo su ruina.

Finalmente, después de haberse preparado largo tiempo en densas nubes, la tormenta estalló, con golpes siniestros, llenando el espacio de terror. De un extremo al otro del reino, los nobles, perseguidos, huyeron desalentados ante los antiguos siervos, armados para la venganza.

El barón de Guibray, sintiendo que el suelo se hundía bajo sus pies, atemorizado también, expidió de pronto á su esposa é hijos para Inglaterra, quedándose él á fin de salvar sus bienes de la confiscación. Quedóse aconsejado por Miguel, á quien escuchaba más que nunca.

Esto le perdió. Sus enemigos le espiaban. Era ya, sin sospecharlo, prisionero en su tierra, denunciado á los comités, señalado para el matadero.

Comprendió demasiado tarde que le hacían traición. Como su rey, quiso huir; como su rey, fué detenido.

Era una noche de febrero de 1793. Hacía meses que el teniente general había sido depuesto de sus funciones y de su mando. No estaba ya seguro de su guardia personal; no se le ocultaba la indecisión de sus soldados; sus lacayos murmuraban en voz alta; algunos de ellos osaban decir que ya no había amos ni señores.

Carlos resolvió evadirse de su castillo, convertido en prisión para él. Aquella noche, á cosa de las dos, salió de su cuarto con botas y espuelas, la espada y dos pistolas al cinto; sabía que en la cuadra de los guardias había siempre caballos ensillados.

Esperaba escapar á galope del pueblo y del distrito, llegar á Ruán, y una vez allí, sin ser conocido, continuar su ruta hasta el Havre, para fletar un barco en que pasar el estrecho de la Mancha.

Llevaba oro en cantidad considerable.

El plan era tan sencillo, que estuvo á punto de realizarse. Ya el fugitivo había salido del castillo sin que nadie hubiese notado su silenciosa partida. No le creían capaz de semejante audacia. Todos dormían en su cama, satisfechos del abrigo, porque el frío era rudo en el exterior.

El caballo del barón, marchando sobre una espesa capa de nieve, no hacía ruido alguno. Un momento pudo creerse fuera de peligro.

Tomó el camino de Chantemesle, hacia la Roche-Guyon.

De pronto, una forma oscura se alzó delante de él, cerrándole el camino con los brazos en cruz.

—¡No hay paso!

Aunque dura, era una voz de mujer. De más cerca, inclinado hacia ella, Carlos la veía mejor: era vieja, lívida, descarnada, horrible, y los mechones incultos de sus cabellos blancos se retorcián como víboras en torno de su cabeza.

Tuvo tentaciones de apartar de un latigazo á aquella bruja; pero, naturalmente bueno, retuvo su mano ya levantada.

La vieja continuó preguntando:

—¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Adónde vas?

Al mismo tiempo, con sus ojos feroces y brillantes, procuraba distinguirlo.

—Vamos, dejadme pasar..., llevo prisa, buena mujer, tomad...

Y le dió un luis.

Esta generosidad le denunció. Al ver el oro, la vieja empezó á gritar:

—¡Un señor!.. ¡A las armas..., á las armas!.. «Está loca —pensó Guibray,—pero me pierde.»



Pedro, poco acostumbrado á la marcha, cansado por dos horas de paseo, se dejó caer en un mojón

ú otro partido? Por su origen, hijo de defraudador, de merodeador, de ajusticiado por sus delitos, debía compartir los rencores y los odios de los desheredados, de cuya clase procedía; por su educación, educado en el castillo, bien ó mal, pero elevado al primer puesto en el aprecio y confianza de su amo, debía guardarle alguna gratitud.

Sin embargo, parece que se preocupó muy poco de la miseria de los pobres, más bien la agravó, y no sirvió á su señor sino para su provecho, hasta el día en que juzgó que la traición resultaba más lucrativa.

Debía además á este señor beneficios particulares inolvidables. El barón Carlos se había valido de su influencia, de su autoridad, para casar á su intendente con la hija del inspector del alfolí, el cual, sin ser noble, era sin embargo oficial del rey.

Miguel se había casado, á la edad de cuarenta años, con la hermosa Paulina Belestat, que tenía veinte, había sido educada también en el castillo, era dama de honor de la baronesa y muchacha muy superior al ex ayuda de cámara en todas las situaciones.

El inspector Belestat sólo había consentido en aquel matrimonio desigual ante las instancias formales de su jefe directo; y la joven había parecido casarse sin gran entusiasmo.

Esto no impedía á aquel intendente complejo que maquinase algo en la sombra. De su mujer, que llevó consigo á un viaje al Mediodía de Francia (viaje que duró un año y tenía por objeto la inspección de lejanos dominios dependientes aún de Guibray, por la línea materna), había tenido un hijo, á quien quería muy poco.

Tal era aquel siervo liberto, aquel intendente advenedizo, aquel marido y aquel padre. Figura bastante fea en verdad.

Hay que creer que el miserable de nacimiento, al pasar por las dependencias del castillo, había conservado sus instintos de salvaje primitivo, asimilándose del servilismo ambiente la bajeza de alma y la facilidad de la mentira cotidiana.

Con tales cualidades el porvenir era suyo, sobre

intuición hacían observar que quizá era preferible perecer bruscamente ahorcado, después de una buena comida, que gemir días y más días torturado por el hambre, esperando la muerte. Era una opinión. Transcurrieron meses.

Pero ya soplaban de París un viento de rebelión y de independencia.

La Bastilla había sido tomada, el trono vacilaba. Algunos audaces, precursores de ideas de vanguardia, empezaban á pretender que nada hay eterno, y que el poder real, como toda cosa humana, podría muy bien, á su vez, hundirse en la nada. Entonces despuntaría la aurora del advenimiento del pueblo, libre al fin, llamado á juzgarse, á dirigirse á sí mismo, para la dicha universal y el desquite de los siglos abolidos.

La repercusión, en las poblaciones rurales, produjo desde luego la incredulidad; los pobres de espíritu y la gente sencilla temían un lazo; vino luego el pavor; los buhos quedaban deslumbrados ante aquella irrupción de luz; finalmente, la sacudida suscitó veleidades de resistencias á las seculares tradiciones de obediencia muda y de respeto á la voluntad de los grandes.

Un gran murmullo llenó los pueblos; los campesinos abandonaban los campos y se formaban grupos en las plazas públicas.

Si el año precedente el barón de Guibray no hubiese castigado con extremada dureza á los saqueadores del convoy de trigo, probablemente no se hubiese alterado el orden en torno suyo. Los hombres del Vexin eran y continúan siendo de carácter tranquilo y de suaves costumbres; pero los últimos acontecimientos habían engendrado odios que esperaban el desquite.

El castillo se sintió aislado en la hostilidad, sorda al principio, pero clamorosa luego. Hasta había enemigos en la plaza, y el primero, aunque el menos sospechado, era el intendente Faulque.

Dos mujeres le excitaban en sus planes siniestros. La una era su madre, la Fanocha, con la cual celebraba entrevistas nocturnas á la orilla del río, en la

Quiso escapar, pero la bruja se había colgado de la brida del caballo, que reculaba bufando. Ella gritaba sin cesar.

En las casas se encendían luces y batían puertas. Y para mayor desastre, apareció en el camino un grupo en marcha. De todas partes acudió gente; el barón se vió pronto envuelto, cogido por veinte manos furiosas.

Reconocido, se creyó muerto. Las imprecaciones y las amenazas llovían con furia. La vieja manifiesta una alegría triunfante; en su demencia, bailaba en medio del camino.

—¡Yo le olfateé, yo le sentí! ¡Matadlo! ¡Vengad á mi marido! ¡Vengad á Roque! Hay que ahorcarlo en el granero de la sal.

Uno gritó:

—¡Bravo, Fanocha!

Carlos no comprendía. ¿Fanocha? Ignoraba este nombre; había olvidado aquella historia. Pero lo que comprendía perfectamente era que le llevaban cautivo á su castillo, de donde, en adelante, iba á serle muy difícil salir.

A la puerta, advertida por el ruido, la guardia se puso en fila y rindió los honores á su señor, como si volviera de paseo. La ironía era formidable.

Miguel Faulque apareció, saludó á su amo y se quejó amargamente: «Aquel amo faltaba á la confianza que en él se tenía; si se hubiese evadido, ¿quién hubiera sido el responsable? Él, Miguel Faulque.»

Carlos irguió la frente, con el rostro encendido por la cólera, y habló como un Guibray:

—Creía que eras mi intendente y veo que eres mi carcelero.

—¡Ay, por desgracia, sí, señor!

—¿Por orden de quién?

—Por orden del Comité de Salud pública.

—¿Y tú obedeces?

—A mi pesar, señor.

El barón le miró de pies á cabeza y le arrojó estas dos únicas palabras:

—¡Bellaco! ¡Asesino!

Esta fué su última imprudencia y su condenación.

Faulque se inclinó bajo el ultraje, pero se había puesto lívido. Si le quedaba un escrúpulo, éste desaparecía. Era el fin del drama.

Algunos días después, también de noche, Guibray, que dormía, fué bruscamente despertado por violentos golpes dados en la puerta de su cuarto que él cerraba cada noche por dentro, y gritó:

—¿Eres tú, Miguel?

La voz de su intendente le contestó desde fuera:

—Señor, no lo dudéis.

Vistióse y abrió, ya por un resto de su acostumbrada confianza en aquel hombre, ya porque hubiese comprendido que toda resistencia sería inútil.

En el corredor vió brillar fusiles y sables. Eran los antiguos soldados, los que él había mandado hasta hacia poco como teniente general, que venían á apoderarse de su persona. Faulque daba órdenes.

El barón dijo:

—Es asqueroso.

Se le hizo subir á un coche preparado que lo condujo á París. A la mañana siguiente fué encarcelado en la Abadía, de donde, tres semanas después, salió en carreta para el patíbulo. Murió simplemente, con un hermoso valor, como un cumplido caballero que era.

La baronesa de Guibray, refugiada en Londres, con sus dos hijos todavía muy jóvenes, se enteró de la muerte de su marido por la Gaceta que publicaba la lista de las últimas ejecuciones. Entre otras anunciaba la del ex barón Carlos le Tenant de Guibray, ex noble, ex teniente general del distrito del Vexin francés.

No había duda posible.

Poco tiempo después, el intendente Miguel Faulque compró por su cuenta personal la posesión de Guibray, confiscada como finca de emigrado y vendida como propiedad nacional.

La obtuvo á vil precio y la pagó al contado con el dinero de la dote regalada á su mujer por el barón asesinado. Era una buena especulación para un hombre como él, esclavo de los principios. Su mujer, Paulina, le aprobaba en todo y no cabía en sí de alegría.

Sin embargo, ni uno ni otra quisieron continuar viviendo en el castillo. Se puede no creer en nada y tener miedo de los espectros; cuando los tiempos se hubieron apaciguado, el matrimonio hizo edificar el castillo nuevo; y allí fué donde sus destinos siguieron su curso, en la calma y la prosperidad.

Tenían un hijo, Urbano Faulque, nacido en el curso de un viaje; no se parecía á su padre. Este parecía más bien detestarlo que quererlo; y su misma

madre no manifestó jamás gran afecto por aquel hijo, á pesar de no tener otro.

Ese Urbano fué el padre de Clemente y el abuelo de Bertilla. Se había casado á una edad bastante avanzada con una muchacha de buena burguesía; su vida había sido retirada, modesta, sin ruido, sin gloria, con apariencias (cosa extraña) de nobleza, de rara distinción y de alta lealtad; nada, absolutamente nada de su padre.

Tales eran hasta nuestros días los ascendientes de Bertilla; y, en aquel Miguel, felón y traidor, según la ley de los hombres, ella veía un héroe, un hombre pensador, uno de esos lentos reivindicadores de justicia, que conciben un proyecto en la sombra, durante años y años, sin dejarse distraer nunca de él, sin absolver jamás, persiguiendo á una raza á través de sus generaciones, capaces de todos los crímenes para llegar á su fin que juzgan útil, humano, necesario, grande ante su conciencia, única directora, único juez, única guía escuchada.

Bertilla ponía á aquel bandido vulgar á la altura de Bruto y de Lorenzaccio; éstos también habían disimulado, mentido, traicionado á sus bienhechores, á sus amos. Estos eran, según ella, los hermanos mayores de Miguel, sus predecesores, pero sus iguales.

Aquel hijo había vengado á su padre en el hijo de un verdugo.

Había hecho bien.

Devastó y arruinó la casa en que había sido recogido y educado...

Sí, decía ella, «recogido,» pero después que habían muerto á su padre, arrojado á su madre lejos de él, siendo todavía un niño; «educado» á punta piés, en las cuadras y en las cocinas. ¿Qué agradecimiento debía entonces?

Había hecho bien.

Entregó á su amo. ¿Por qué era tal amo? ¿Con qué derecho? Todo se lo tenía bien merecido.

Compró los bienes del barón con el oro dado por el barón mismo. Buena guerra, divertidas represalias, un punto de alegría en aquellas horas trágicas.

Sí, sí, tres veces sí, ella debía profesar tanto orgullo por aquel bisabuelo, político inexorable, rebelde vencedor, vengador de los tristes, como piedad por el primero de la raza, el miserable perseguido, acosado, vencido, ahorcado á la puerta del granero de la sal.

En memoria de este último, iba con frecuencia en peregrinación á la negruzca ruina que había sido el alfóli en tiempo de los reyes. Aquel rincón, situado fuera de la antigua baronía, pertenecía aun á los Faulque.

Cuando Pedro de Guibray había sorprendido allí, aquel mismo día, á la descendiente del ahorcado, ésta se hallaba sumida en sus habituales pensamientos, evocando el trágico pasado. Así es que era natural que acogiese de mal talante el saludo de un Guibray, de regreso en el país.

Bajo esos diversos aspectos y á través de esas diversas leyendas, consideraba Bertilla á sus antepasados: siervos, villanos, lacayos, intendentes enriquecidos, burgueses advenedizos. Como Pedro respecto á sus nobles abuelas, ella creía firmemente poseer su historia entera; y, como él, se equivocaba de arriba abajo; había compuesto, á su antojo, figuras ficticias; había edificado en el vacío; y eso, justo es decirlo, necesariamente, fatalmente, puesto que carecía de datos precisos, de documentos exactos, no habiendo deducido nunca sino por lo que había oído contar; puesto que ignoraba, como todo el mundo, los grandes secretos del pasado, dormidos con los muertos.

## II

A la mañana siguiente, Pedro se escapó de prisa.

Había pasado una mala noche, entrecortada de insomnios, después de haber velado hasta muy tarde leyendo pergaminos indiferentes que nada le habían enseñado. Pero después de aquel contacto con cosas muertas, experimentaba una ardiente necesidad de vida y de luz.

En el umbral de su fúnebre caserón aspiró violentamente el aire libre, aclamó la campiña soleada, el río, amigo ya, que continuaba su curso tranquilo en torno de las islas, alborotadas por el canto de los pájaros.

Y en seguida su juventud, fácil de reconfortar, recobró ánimo bajo la hermosura del cielo, por la misericordia infinita de los tranquilos paisajes.

Bajó hacia el Sena. Era el punto importante, soberano, del panorama; uno lo buscaba, se acercaba naturalmente á él.

En el camino, varios labradores le saludaron; pero simplemente, como hubieran saludado á cualquier otro forastero bien vestido, de aspecto rico; con esa cortesía campesina que de cada día tiende más á

desaparecer, porque la instrucción laica y obligatoria da orgullo á las pequeñas generaciones rurales. No era el homenaje de antiguos vasallos á antiguo señor; toda aquella gente le ignoraba sin duda. Su entrada en su posesión se verificaba sin hacer ruido alguno, ni causar ninguna emoción. Decididamente los tiempos habían cambiado.

El joven, atemperándose al ambiente, hizo abstracción de su personalidad. Paseó por las riberas un alma de estudiante encantado de la naturaleza; olvidó, por un instante, las antiguas querellas y aquellas prerrogativas sociales que él se imaginaba eternas.

Contempló sin recordar, únicamente entregado esta vez á las sensaciones personales. A la orilla del río, cuyos reflejos y color cambiaban según el color del cielo y la espesura de las nubes, se alineaba correctamente una doble hilera de viejos tilos. Era el paseo, el sitio en que los viejos del pueblo venían á sentarse, apoyados en sus bastones.

Y en todo alrededor la visión era espléndida; á derecha é izquierda altas colinas peñascosas presentaban sinuosidades con trozos de viña y pequeños campos cultivados á pesar de su rápida pendiente.

A su vista, la tranquila corriente del río, de trescientos metros de anchura, aparecía poblada de verdes islas detrás de sauces y álamos. De pronto avanzó y pasó un largo convoy de chalanas pesadas y macizas, remolcadas por un vapor minúsculo.

En la opuesta orilla se perfilaba la aldea de Lava-court, compuesta quizá de unas sesenta casas, unas cubiertas de pizarra y otras de tejas.

En otra época esta aldea había estado muy poblada y animada en extremo. Antes de los ferrocarriles había allí un relevo de posta de París á Mantes, Vernón, Ruán y el Havre; quinientos caballos esperaban á los viajeros; pero el progreso mató esa industria; y lentamente el pueblecito olvidó su gloria, durmióse en la tranquilidad y el silencio ante el río en eterno movimiento, imagen de la vida.

De vez en cuando la balsa, pasando un carro de toldo verde, cortaba la corriente al esfuerzo del barquero y abordaba entre cañas y nenúfares, sirviendo de lazo de unión entre ambas orillas.

Y esto era todo.

Pero no. Debajo de los sauces, acá y acullá, se reflejaba en el agua tranquila el casco verde, rojo ó blanco de alguna barca amarrada entre dos estacas. Allí, durante horas, varios hombres soñolientos, desinteresados del universo, pescaban con caña. De barca á barca, alguna que otra vez, se elevaban voces sordas que correspondían entre sí, refiriendo decepciones.

También aquellos pescadores se quejaban de los nuevos tiempos. Afirmaban que antes se cogían barbos de seis libras y lucios de doce.

¡Qué tiempos aquellos!

Pero ahora, gubios, albuces, percas, chevainas pasaban de largo, desdeñando la lombriz, el gusano de tierra, el de lama, el trigo cocido, la cereza ó la ciruela, la mosca ó el pez de estaño. Era una conspiración, la conspiración del silencio, sin duda. ¡Oh, no, nada iba bien!

Quizá á causa de la República.

Pedro envidió aquella gente sencilla, ajena á toda ambición; sus noches, como sus días, debían ser apacibles, en nada parecidas á las que él pasaba. Y esta comparación, para él desventajosa, era ya un principio de humildad.

Con pesar volvió las espaldas al río y tomó una callejuela que entre dos paredes bajas subía al pueblo.

Tenía que descubrir y estudiar todo el país. Tres puntos le atraían sobre todo: la vieja iglesia, el pueblo mismo y la finca reconstituída.

Cualquier otro hubiera empezado por sus propiedades; pero él no era de alma vulgar, y además, por atavismo, concebía mal que el pueblo y la iglesia no le perteneciese lo mismo que las tierras de Guibray y el castillo ruinoso.

A paso lento llegó á la plaza de la alcaldía; la casa consistorial no era muy imponente; construída de piedra y ladrillos, mediría unos quince metros de fachada y tenía el aspecto vulgar de una casita de recreo.

Pero su frontón ostentaba estas palabras graves:

*Libertad, Igualdad, Fraternidad*

REPÚBLICA FRANCESA

Lo cual sorprendió casi al joven señor de Guibray. Y la sorpresa fué desagradable. A cada paso surgía una afirmación para demostrarle mejor lo vano de sus secretas reivindicaciones.

Todo el pueblo estaba asentado en empinadas cuestas; las casas eran varias veces seculares.

Pedro saludó de paso al granero de provisiones de boca, llamado de Francisco I. Actualmente era una granja, y dentro de sus altos muros oscuros, en que se habían abierto raras ventanas, estrechas como aspilleras, mugían vacas, vueltas hacia la salida, esperando la hora de bajar al río á beber.

Reconoció la vieja escribanía, aún subsistente; caserón con la fachada atravesada de vigas negras, que resaltaban sobre el revoque desconchado. Por una puerta abierta, vió una antigua chimenea que databa de un pasado venerable.

Pero en la calle que conduce á la iglesia se detuvo, presa de emoción.

Hubiérase dicho que nada se había movido desde la época de Luis XI; era una apariencia única de decoración de ópera para alguna escena de sublevación popular ó para alguna ceremonia religiosa de ritos olvidados.

Al extremo de aquella calle arcaica, en lo alto de una ancha escalinata de piedras llanas gastadas por los pies pesados de veinte generaciones, se alzaba la iglesia, admirable por su arquitectura semi-romana, semi gótica, monumento histórico, clasificado y adoptado como tal por el Estado.

Fué fundada por Blanca de Evreux, hija de Carlos el Simple, esposa de Rollon, el aventurero normando, que fué después duque bajo la soberanía de la corona de Francia—continuada por Enrique II de Inglaterra, en la época de la conquista.

Y el tiempo pasa; la obra permanece incompleta hasta Francisco I; después, Enrique II y Diana de Poitiers, que tienen á bien cincelarla y concluir, graban en ella la salamandra junto á las iniciales del rey y de la favorita.

Durante las guerras de religión, Enrique IV la bombardea desde la otra margen del Sena; las huellas de los cascos de metralla son aún visibles en la fachada Oeste; y los contrafuertes, rápidamente construídos para su defensa en aquellos tiempos de batalla, subsisten y la aíslan en una bella altivez.

Pedro pensó que aquella iglesia vió los barcos de los normandos mal sumisos remontar el río para la audacia de los golpes de mano y las grandes aventuras; ella, que un inglés fijó, cerca de mil años ha, en aquel panorama que ha continuado siendo el mismo, fiel á su historia, desde aquellos tiempos bárbaros hasta nuestros días, tan distintos.

Ninguna cosa humana sabría marcar mejor que ella la lentitud y la rapidez de las edades. ¡Qué de tempestades de abajo y qué de tempestades de arriba había arrostrado el gallo de su veleta protegido por San Pedro!

Y aquel gallo desdorado, encaramado en la altura, atraía y retenía los pensamientos del peregrino de viaje.

¿Cuántas miradas muertas se habían vuelto hacia él? La campana, su amiga, había tocado bajo sus alas tantos bautizos y matrimonios, con alegre repiqueteo, y tantas defunciones, con fúnebre tañido, que nuestra humanidad significaba poco para él. Desde lo alto de su impasibilidad serena había visto pasar, nacer y morir á tantos hombres, que ya no se acordaba de haberlos contado.

Los curas sucesivos lo habían mostrado, en el espacio, como el emblema eterno de la gloria imperecedera; y á pesar de los ultrajes, había permanecido en pie, vigilante de día, vigilante de noche, por cima de los tejados de chamiza, de tejas y de pizarra, más sólido que las torres de las casas feudales abolidas. Y sólo él podría decir si la tierra ha cambiado desde un millar de años á esta parte.

Error, idolatría, culto de imágenes, podrían ustedes alegar; sí, en verdad; pero ¡cómo se había sostenido, á pesar de los vientos contrarios, cómo se sostiene aún para días imprevistos ese gallo en la punta del campanario, bajo el sol ó las estrellas, empenachado, soberbio y pregonando su fe!

En los contornos, las colinas sinuosas atestiguan sus leyendas; las piedras, olvidadas, se acordaban á pesar de todo, y la robusta persistencia de las fuertes campiñas que alimentaron á los antepasados, prometía nuevas cosechas.

Y el río, ese transeunte, ese vagabundo obstinado que nunca es el mismo y lo parece siempre, continuaba su papel de resbalador sordo entre las riberas fijas.

Pedro se abismaba en su contemplación con ojos de visionario, sin que nadie pareciese observarle. La gente iba y venía sin ocuparse de aquel forastero, de pie en medio de la calle.

Decididamente la consigna, en aquel país, era indiferencia; además, en estos tiempos de ciclismo y automovilismo, los intrusos, convertidos en legión, no llaman ya la atención de nadie.

Sólo un viejo murmuró, al pasar cerca del joven absorto:

—Algún artista...

Y la entonación de estas palabras carecía de benevolencia.

Pedro iba á continuar su viaje de exploración, prometiéndose volver más tarde á la iglesia, cuando bruscamente, las campanas doblaron á muerto.

La puerta principal, bajo el pórtico, se abrió de par en par; y en la plaza y en lo alto de la escalinata brilló al sol una mezcolanza de abigarrados trajes.

Pedro creyó soñar.

Veía en medio de sobrepellices blancas, sotanas negras y al lado de sacerdotes unos extraños personajes con túnicas y birretes encarnados, que se alinearon, tomaron la delantera y empezaron á bajar la escalinata hacia la calle.

Ante aquella ceremonia religiosa, en aquel cuadro inalterado de típica antigüedad, el tiempo parecía disuelto, abolido, sin razón ni realidad. Con poco esfuerzo de imaginación, se hubiera uno creído en la Edad Media.

Avanzó el cortejo.

Pedro pudo examinarlo, y su asombro redobló.

A la cabeza y como de vanguardia, precediendo como unos diez metros á los monaguillos, iba un hombre llevando con arrogancia una sobrepelliz negra por encima de una túnica encarnada y un birrete alto y rígido del mismo color. Llevaba en cada mano una campanilla, y ambas manos agitaban las dos campanillas sin cesar.

Detrás de él, los monaguillos, vestidos también de encarnado, ventaban pebeteros; seguían otros personajes, en número de ocho, abigarrados de rojo y amarillo, con fajas ó bandas bordadas, multicolores; luego el Santísimo Sacramento, llevado por un vicario; después el cura y sus diáconos, y todos cantaban, salmodiando una rogativa lenta, un interminable responso.

Pedro no salía de su sorpresa.

Si hubiese sido realmente un hijo del país, hubiera conocido á aquellos Hermanos de la Muerte, cuya tradición persiste en el Vexin desde hace siglos y siglos. Los días de entierro van á buscar al difunto con el clero parroquial. ¿Quiénes son? El carnicero, el panadero, el fondista, honorables industriales disfrazados para el caso. Es un honor, sin embargo, y es preciso ser digno de él para obtenerlo.

Era, pues, un entierro lo que se ofrecía como bienvenida al señor de Guibray, para su primera mañana.

El acto le interesó, estimando con razón que así vería reunidos sin duda á todos los que deseaba conocer.

En los pueblos, donde se vive como en familia, es obligatorio acompañar á los difuntos hasta su última morada, aunque los haya detestado en vida.

Los habitantes salieron presurosos de sus casas; la ceremonia atrajo á una muchedumbre.

Bruscamente, delante de la casa consistorial, los grupos se apartaron. Un landó lujoso llegaba al trote largo de dos caballos negros de pura raza; el conjunto era de una elegante distinción, demasiado suntuoso quizá para semejante esfera.

Pedro de Guibray, confundido con la multitud, codeado, empujado, se empinó para ver, y divisó en el coche á su enemiga de la vispera, la joven de la barca, la aparición del alfolí.

Estremeciése y fijó más su atención. Al lado de la muchacha iba sentado un hombre de unos cincuenta años, muy esbelto y guapo, de porte muy distinguido; llevaba corto el cabello gris y muy largo el bigote rubio. Los hombres del pueblo le saludaban quitándose el sombrero, y él contestaba, indolente, con un gesto de lo mano.

Con la voz ahogada por sentimientos diversos, Pedro interrogó á su vecino de la izquierda, un hombre rechoncho, que no cabía en su levita negra de los días de fiesta:

—¿Quién es ese caballero... y esa señorita?

El otro mirólo asombrado, y replicó:

—¿Quién no conoce á D. Clemente Faulque y á la señorita Bertilla?

Y añadió después de una pausa:

—Son los señores del país...

Pedro se apartó y huyó en seguida; pero no tan aprisa que no le hubiese reconocido Berta, la cual desde lejos lo designaba discretamente á su padre. Clemente Faulque miró vagamente, sin mostrar gran interés.

Pedro volvió á encontrarse cerca del río, desconcertado. Juzgaba su error. ¿Era aquél, pues, el Faulque, descendiente de siervos y traidores, á quien contaba anonadar con su desprecio al primer encuentro?

No podía menos de confesar que el personaje no parecía fácil de impresionar. Aquel villano tenía todo el porte de un caballero; aquel hijo de lacayo era de

noble aspecto... Es más (y Pedro lo reconocía con un horror que le sofocaba), ese Faulque ofrecía en sus facciones y en su actitud un curioso parecido con su padre el muy noble barón Gilberto le Tenant de Guibray. Esto era innegable. Los dos poseían la misma mirada un poco desdeñosa, el mismo cabello blanco, el mismo bigote largo y rubio. Eran á poca diferencia de la misma edad, lo que aumentaba las similitudes.

Pedro se volvía loco.

El lujo del coche le había ofuscado también. ¿Qué papel haría él, el verdadero señor, en su ruina, al lado de aquellos usurpadores del suelo que vivían en grande?

Pero, sobre todo, aquel parecido..., aquel parecido le trastornaba. Acabó por deducir que los hijos de una misma tierra pueden presentar, sin parentesco alguno, idénticos aspectos, en virtud de una especie de primazgo étnico. Y se contentó con esta explicación, buena ó mala. ¡Pero qué decepción llenaba todo su ser!

Renunciando á la curiosidad de una ceremonia nueva para él, se alejaba del pueblo á grandes pasos por la carretera. Subió la cuesta, y de lejos aquel pueblo, animado por el sol, ostentaba en los cercados de las viejas casas rosas y más rosas, rosas en espalderas, rosas en pie, rosas rosadas, rosas amarillas, rosas blancas, rosas casi negras, de oscuro granate. Era el país de las rosas... Aquel esplendor del suelo no hizo más que irritar á Pedro, que murmuró:

—Vamos, exploremos el dominio..., pero ¿dónde está mi dominio?

En rigor, lo ignoraba. Las palabras escritas en las actas no le habían enseñado nada; carecían de sentido para todo el que no conociera el terreno.

Vagó al azar, mirando á derecha é izquierda, procurando orientarse. ¿A quién pertenecían aquellos campos, á quién aquel pequeño bosque? Tal vez á él; tal vez á otro.

¡Singular propietario! No se atrevía á pedir informes. Empezaba á sentir su personaje desairado, evolucionando en medio de seres indiferentes, cuando no hostiles.

Comprendía perfectamente que cualquier otro que no fuese un Guibray hubiera sido acogido de mejor y más franca manera; que los que le habían vendido su propiedad se hubieran apresurado á instalarlo en su casa si no hubiesen sido los Faulque, recelosos de sus intenciones.

Se hubiese alegrado infinito de encontrar ahora quien le guiase á través de su viaje de reconocimiento; pero no se presentaba nadie.

¿Quién tenía la culpa? ¿Clemente Faulque no le había hecho avisar que si quería tomarse la molestia de visitarlo estaba á su disposición para todos los informes? Otro hubiera empezado por hacer aquella visita. Era natural, obligatoria, indispensable...

En voz muy alta dijo como contestando á sus íntimos pensamientos:

—¡Eso jamás!

Entonces, ¿cuánto tiempo iba á permanecer en aquella situación ridícula de indecisión, sin saber cuáles eran sus tierras en medio de las demás tierras; exponiéndose, sin duda, á alguna desagradable observación?

Oyó pasos tras él en el camino y volvió la cabeza. Había pasado una hora en sus alternativas. Vió á aquel hombre gordinflón que no cabía en su levita de los días de fiesta. Le dejó venir, dispuesto á soportar su conversación, que él suponía inevitable; dispuesto á soportarlo todo, por desaliento.

El otro se acercaba. A diez pasos empezó ya á hablar.

—¡Eh, eh, señorito, no esperó usted el final de la fiesta!.. Sin embargo, el que enterrábamos era un borracho de marca mayor. Y su fin ha sido digno de él. Se murió del susto que le dieron los empleados de consumos el día que fueron á practicar un registro en su bodega. Defraudaba al Ayuntamiento..., una tontería, sin embargo..., la cosa valía diez y seis francos de multa... ¡Bah! Usted es forastero y todo eso le importa poco, ¿verdad?

Pedro se irguió. La palabra *forastero*, en el país de sus antepasados, tenía el don de irritarle. Así es que replicó con sequedad:

—No soy forastero ni mucho menos. Soy el señor de Guibray.

Sin parecer ofuscado en lo más mínimo por tal título ni por tal nombre, el gordinflón contestó sonriendo:

—Señor sin señorío..., como quien dice: caballero sin caballo... ¡Guibray! ¡Ay, qué guasa!.. ¡Hasta la vista, caballero!

Y pasó.

(Se continuará.)



Poneos siempre así

# LA MUJER PERFECTA

## CÓMO SE CONSIGUEN SALUD, BELLEZA Y BUENA FIGURA

POR MAUDE ODELL

*La autora de este artículo discute aquí un asunto de gran interés para la mujer, y lo hace con gran autoridad, pues ha ganado ya un premio de belleza, por ser una de las mujeres mejor formadas que se presentaron en el certamen, confesando que su fuerza y hermosura son el resultado de los ejercicios físicos que ha hecho. En el escenario, representando el papel de «Galatea,» estatua viviente, la perfección de su figura causó la admiración de todo el que la vió. Ha hecho un estudio especial de varios ejercicios, cuyas figuras damos á continuación, los que operarán milagros en toda mujer que los ponga en práctica.*



No os pongáis nunca así

Como verdadera hija de Eva que soy, confieso á ustedes que los ejercicios físicos á que vengo dedicándome desde hace algún tiempo los hago por aquello de adquirir buena presencia, buen parecido, por razones femeninas, en una palabra.

A buen seguro que no me hubiese tomado la molestia de dedicarme á ellos con tanta asiduidad si hubiera visto que se desarrollaban demasiado mis manos y mis pies, ó que se deformaban mis músculos. Si hubiera comprendido yo que con estos ejercicios físicos no me sentaría bien el vestido y que sólo conseguiría con ellos mantenerme en buen estado de salud, los hubiera dejado inmediatamente y no molestaría ahora á mis lectoras diciéndoles los resultados que me han dado á mí. Pero precisamente es todo lo contrario; y hoy tengo la persuasión de que una buena constitución del cuerpo se adquiere únicamente con los ejercicios físicos; se adquiere además buen parecido, buena figura, buen porte, bonito cuello, bonitos brazos y hermosas espaldas, caderas elegantes y pechos flexibles. Y así queda ya explicado el por qué predico constantemente, aconsejando los ejercicios físicos, y el por qué no me canso nunca de practicarlos yo misma, dedicándoles todas las mañanas diez minutos antes de meterme en el baño.

hoy día la mayoría de las mujeres para adquirir una buena apariencia. Llevan corsés de formas á la moda, sin fijarse en que no les convienen para su constitución física. Con estos corsés no pueden respirar á sus anchas y mortifican los órganos digestivos, y además de esto mantienen la parte alta del cuerpo

terminan por los tobillos; ni son trabajosos ni cansan lo más mínimo, y con diez minutos diarios de ejercicio hay bastante. Se hacen con el cuerpo derecho, á lo recluta, los talones unidos, el pecho saliente, los hombros hacia atrás, respirando al mismo tiempo mucho y con facilidad.

No hay mujer que no desee tener un cuello bonito, largo y redondo, flexible y gracioso. Pues ahí va el secreto; para conseguir lo que se desea se hace lo siguiente: se pone una de pie manteniendo el cuerpo bien derecho, echando un poco la cabeza hacia atrás con suavidad, sin ninguna clase de esfuerzo, bajándola después muy despacio hasta que la barba se halle cerca del pecho; este movimiento se repite veinticinco veces, que vienen á durar un minuto próximamente.

Esto es todo lo que hay que hacer.

Viene á continuación otro ejercicio que tiene por objeto desarrollar el pecho, haciendo que la parte alta que queda descubierta con la bata ó chambra que llevamos á primeras horas de la mañana, adquiera buena forma. Se consigue esto poniéndose derecha (fig. 7), extendiendo los brazos horizontalmente en toda su longitud, así como las manos, y en esta posición se respira muy fuerte por la nariz, y se mueven los brazos, estirados



Ejercicio para desarrollar las muñecas y los antebrazos. — Cierra las manos fuertemente, extendiendo los brazos horizontalmente en toda su longitud, ó sea poniéndolos en cruz, apretando los músculos, el dorso ó revés de las manos hacia arriba. Deja caer las manos con fuerza hasta formar un ángulo recto con las muñecas, ó á lo menos aproximarse todo lo posible.

sumamente rígida, impidiendo que se pueda caminar con gracia. El resultado es que adquieren malas complexiones y se les ponen las narices encarnadas.

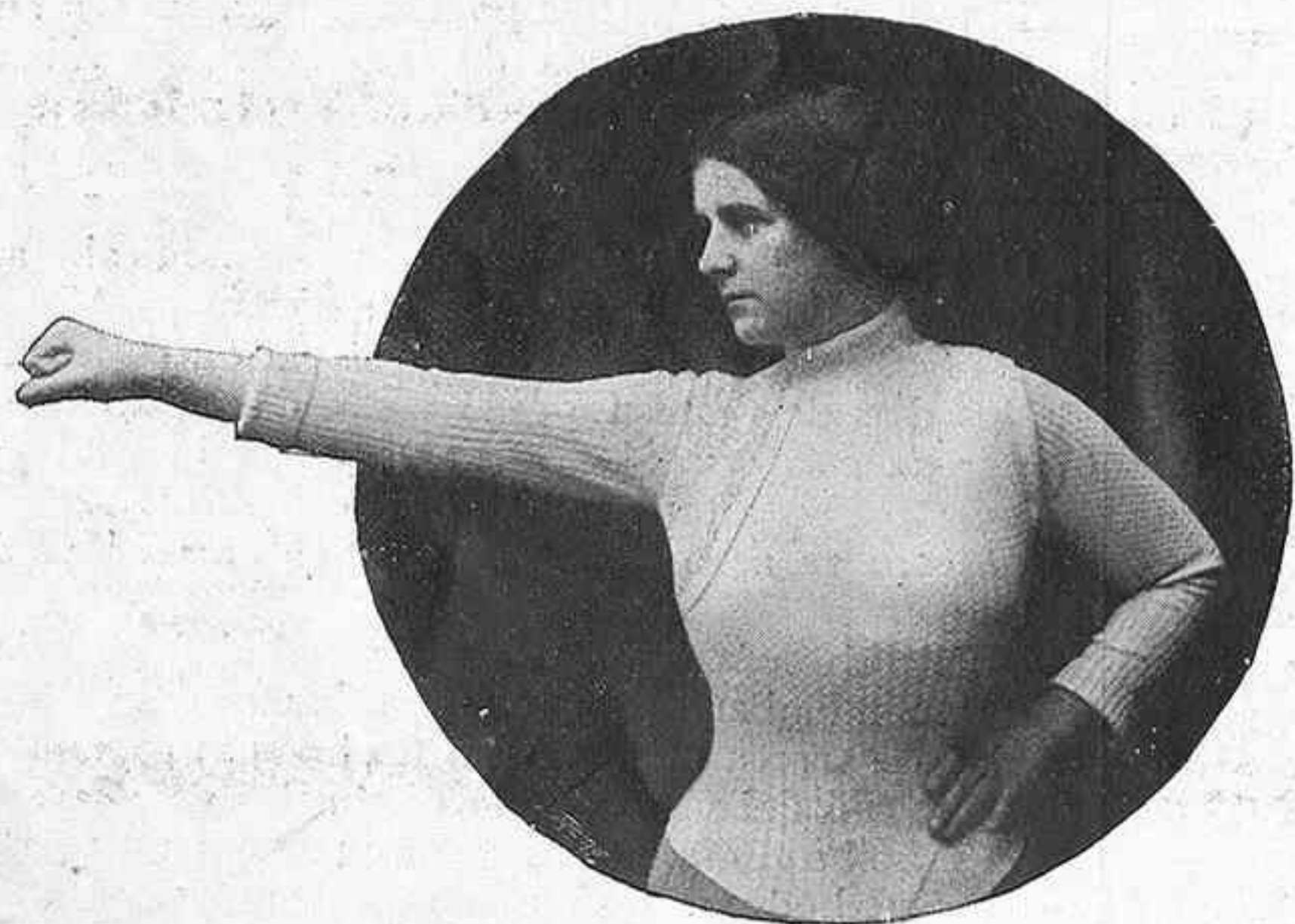
Los tacones altos y encorvados hacia dentro, los llamados tacones Luis XV, que no sostienen bien el talón, porque van á parar casi á la mitad de la suela del zapato, deforman el pie y afectan á la espina dorsal. Son además muy peligrosos para andar por las calles con tantos rieles de tranvías como hay, y para subir y bajar á los coches. Los tacones de las botas tienen que ser planos y no muy altos, si es que deseamos andar bien y tener salud.

Las mujeres elegantes hacen muy poco ejercicio; pasean en coche por los parques cuando están en la ciudad, ó juegan al croquet ó al tennis si se hallan en el campo; pero esto es tan poca cosa que casi puede decirse que no influye en nada en la salud ni en el desarrollo de la fuerza.

Gastan mucho tiempo y mucho dinero en cabellos postizos y en complexiones postizas. En masajes y aceites se gastan un dineral; todos los potingues que sirven para embellecer el rostro los comprarían aunque costaran un sentido; y lo bueno es que después de todos estos sacrificios no pueden salir á la calle el día que hace un poco de viento como no se pongan dos velos en la cara.

Con diez minutos que consagraran diariamente todas esas mujeres á los ejercicios físicos antes de meterse en el baño, no encontrarían la vida tan pesada y embarazosa como la encuentran ahora, pues son verdaderas esclavas del tocador, en el que pasan lo mejor de su vida.

Los ejercicios que yo defiendo y aconsejo son sencillos y no cuestan dinero. Los he escogido entre los muchísimos que hay, por la razón de que se relacionan especialmente con la belleza de la mujer, porque cada uno de ellos contribuye á formar físicamente la figura perfecta. Principian por el cuello y



Ejercicio para desarrollar el busto. — 1.º Extiende el brazo con la mano cerrada, subiéndola hasta la altura del hombro, y la otra mano la colocas en la cadera.

A mí me han dado un resultado magnífico; me han dado gracia, buenas formas, y me han evitado por otra parte las enfermedades comunes á todos; esto es, las malas digestiones, los dolores de cabeza, los nervios, etc., despertando en mí un hambre feroz y haciendo que las prendas de vestir me sienten tan admirablemente, que hace pocos días me decía mi sastre: «Si todos mis clientes fueran como usted, señorita Odell, sería yo el sastre más afamado del mundo.»

Antes de que mis lectoras estudien mi plan, les suplico que mediten un momento en lo que hacen



Ejercicio para desarrollar el busto. — 2.º Lleva después el brazo con gracia hasta colocarlo delante del cuerpo, de forma que la parte alta del brazo oprima fuertemente la parte alta del cuerpo. Repite este movimiento diez y ocho veces con cada brazo.

como están, poco á poco hacia atrás hasta donde puedan ir, describiendo un arco de tres cuartos de círculo en un plano horizontal. Este movimiento se repite treinta veces en un minuto.

En este ejercicio, lo mismo que en todos los demás, hay que mantener siempre el pensamiento en lo que se está haciendo; es preciso desplegar energía y que los músculos estén siempre bien apretados y firmes.

Aún no hemos terminado con el ejercicio de los

brazos. Para que adquiera el antebrazo una forma bonita y las muñecas sean delgadas y elegantes, no gordonas como las de una criatura, sino bien formadas, aunque se entrevean algo los huesos, que esto no es feo ni mucho menos, hay que hacer el ejercicio de que hablaré ahora. Con este ejercicio se consigue que el antebrazo adquiera forma elegante, y los hombros ganan á la vez mucho en hermosura. El brazo de la mujer, ya vaya descubierta ó con las mangas ajustadas que se usan ahora, tiene que estar bien formado; así es que este ejercicio es sumamente importante, porque tiende á embellecerlo.

Se extienden los brazos en cruz en toda su longitud (fig. 3), manteniéndolos horizontalmente, cerrando antes las manos con fuerza y apretando mucho los músculos, manteniéndolas con el dorso ó revés hacia arriba. Hecho esto, se echan con fuerza hacia abajo, procurando que formen casi un ángulo recto con las muñecas. Después, con la misma rapidez que se han encorvado, se ponen derechas con los nudillos hacia arriba, y se repite la operación con viveza durante veinte veces.

El ejercicio que sigue es muy sencillo y tiene por objeto desarrollar el busto.

Se extiende el brazo en toda su longitud con la mano cerrada (figs. 4 y 5), quedando ésta á la altura del hombro y colocando la otra en la cadera. Se baja después con gracia hasta colocarlo delante del cuerpo, de modo que la parte alta del brazo oprima fuertemente la parte alta del cuerpo. Esta operación se repite diez y ocho veces con cada brazo.

Con cincuenta ejercicios que se hagan mejora considerablemente la apariencia del busto ó medio cuerpo de la mujer, y las que lo han probado han quedado sumamente satisfechas del resultado. Para mejorar la cintura hay también muchos ejercicios, pero el más antiguo y más familiarizado consiste en

ponerse de pie, bien derecha, con las manos juntas y puestas por encima de la cabeza, encorvando después el cuerpo sin doblar las rodillas, hasta que las extremidades de los dedos toquen á los tobillos; pero este ejercicio es muy violento, por lo que recomendamos este otro (fig. 6), que es mucho más fácil y mejor calculado, con el que se consigue que la cintura adquiera buena forma, flexibilidad, gracia y se alargue bastante; las que son demasiado gruesas adelgazan, y las muy delgadas desarrollan los músculos y adquieren redondeces elegantes.

Se pone una bien derecha, con los brazos caídos á los lados en toda su longitud, y las manos cerradas y bien apretadas. Se dobla entonces el cuerpo á un lado, levantando una mano hasta colocarla debajo del sobaco con los nudillos hacia dentro, bajando al mismo tiempo la otra todo lo posible. Hecho esto se hace el movimiento inverso, y se repite acompasadamente treinta veces.

El ejercicio que sigue ahora tiene por objeto aplanar en lo posible el abdomen, cosa que está muy de moda ahora, y fortalecer al mismo tiempo los músculos que hay encima de los órganos digestivos. Consiste en lo siguiente:

Se tiende una en el suelo boca arriba, con los brazos por encima de la cabeza. Hecho esto, se incorporará quedando sentada, mante-

niendo los talones unidos y los brazos en el aire. Se extienden entonces los brazos—quedando la cabeza entre ellos—y con las extremidades de los dedos se tocará los tobillos; se vuelve á tomar la posición primitiva, y se continúa el ejercicio durante veinte veces.

Hay que prestar también un poco de atención á las piernas. Puesta de pie y con las manos en las caderas, se pone una de puntillas, bajando el cuerpo poco á poco hasta quedar sentada en los talones; se

levanta después lentamente y se repite la operación todas las veces que se pueda.

Este ejercicio termina saltando unas cien veces, que es lo mejor que hay en el mundo para desarrollar y fortalecer las piernas, para acelerar la circulación y producir la transpiración.

Después de saltar se mete una en el baño; yo lo tomo siempre frío, pero esto es cuestión de temperamentos, y cada una lo puede tomar como le convenga.

Todos los ejercicios mencionados se han de hacer

en unos diez minutos próximamente, y siendo constante y haciéndolos con regularidad se adquiere muy pronto agilidad y belleza, manteniéndose siempre en buen estado de salud.

Permítaseme, para terminar, que puntalice aquí lo que dejo ya dicho más arriba, esto es, que la perfección en el buen aspecto de la mujer se consigue únicamente por medio de esta clase de ejercicios, que tienen además la ventaja de mantener bien la circulación de la sangre. Hay que tener presente que si se presta más

atención á una clase de ejercicios que á otros, resulta la cosa contraproducente, pues entonces se desarrollan demasiado los músculos de aquella parte del cuerpo, la deforman y no conseguimos por lo tanto lo que vamos buscando, que es la belleza de las formas. Si vemos, por ejemplo, que en el ejercicio de los brazos, que tiende á desarrollar el pecho, se desarrolla uno más que el otro, se deja en seguida para que no tome mala forma. Si las mujeres prestaran á esta clase de ejercicios la centésima parte de la atención que prestan al tocador, la Naturaleza les recomendaría generosamente sus esfuerzos.



Ejercicio para que la cintura adquiera buena forma. — Ponte derecha, dejando caer los brazos por los costados con las manos fuertemente cerradas. Tuerce el cuerpo á un lado, levantando una mano hasta colocarla debajo del sobaco con los nudillos hacia dentro, bajando al mismo tiempo la otra todo lo posible. Hecho esto, haz el movimiento inverso y repítelo acompasadamente treinta veces.



Ejercicio para desarrollar el pecho. — Ponte de pie, bien derecha, y extiende los brazos en toda su longitud juntando las manos.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

Data de 1849 Paris  
**PUREZA DEL CUTIS**  
 — LAIT ANTÉPÉLIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès  
 pura ó mezclada con agua, disipa  
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
 ARRUGAS PRECOCES  
 EFLORESCENCIAS  
 ROJECES.  
 Pone y conserva el cutis limpio y terso  
 Casa CANDES B<sup>a</sup> St-Denis, 16

**AVISO Á LAS SEÑORAS**  
**EL ANIOL DE LOS RES**  
**JORET-HOMOLLE**  
 CURA  
**LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONS DE LOS MENSTRUOS**  
 F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN — PARIS  
 165, Rue St-Honoré, 165  
 TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE  
LOS VERDADEROS Y EFICACES  
PRODUCTOS BLANCARD

**PILULE de BLANCARD**  
 ANEMIA COLORES PÁLIDOS  
 EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE  
 Escrófulas, etc.  
 EXIGIR LA SIGNATURE  
 APROBADAS por la Academia de MEDICINA  
 al IODURO de HIERRO INALTERABLE  
 DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES  
 Depósito: BLANCARD & C<sup>ia</sup>, 40, R. Bonaparte, Paris.

**Historia general del Arte**  
 Arquitectura, Pintura, Escultura,  
 Mobiliario, Cerámica, Metalisteria,  
 Gléptica, Indumentaria, Tejidos  
 Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración.—Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.  
 MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

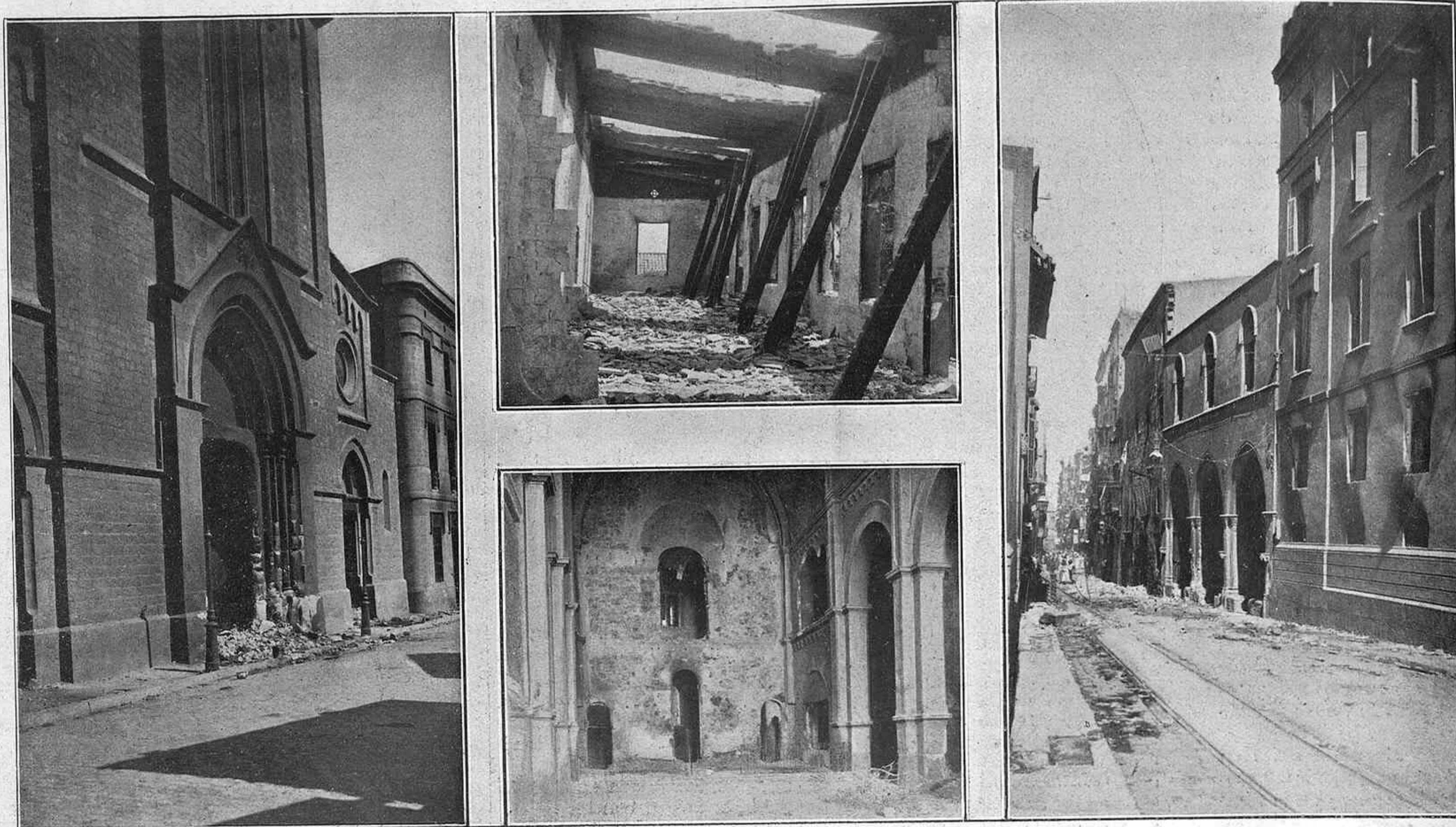
**ROB BOYVEAU - LAFFECTEUR**  
 \* Célebre Depurativo Vegetal \*  
 cura las  
**ENFERMEDADES DE LA PIEL**  
 Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.  
 EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO  
 H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C<sup>ia</sup>, 102, R. Richelieu, Paris.  
 Todas Farmacias.

**VINO AROUD**  
 CARNE-QUINA-HIERRO  
 elmas reconstituyente soberano en los casos de:  
**Clorosis, Anemia profunda, Malaria, Menstruaciones dolorosas, Calenturas.**  
 Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

**VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA**  
 El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 19, rue Mazagan, Paris, que envía gratis su curioso librito.

BARCELONA.—RECUERDOS DE LA SEMANA TRÁGICA (26—31 DE JULIO)

(De fotografías de nuestro reportero Sr. Merletti.)



VISTAS DE ALGUNOS TEMPLOS Y CONVENTOS DESTRUIDOS POR LAS TURBAS INCENDIARIAS

Puerta de la iglesia nueva de Santa Madrona. — Convento de las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl. — Interior de la iglesia del convento de las Arrepentidas. Exterior de la iglesia de San Antonio Abad

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.  
*Exigir la Firma WLINSI.*  
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

**ANEMIA** DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**  
El mas activo y economico, el unico Inalterable.— Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts. Paris.

**REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD**  
 En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar  
 SOBERANO contra  
**ASMA**  
 CATARRO, OPRESIÓN  
 y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.  
 30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO y PLATA.  
 MARCA DE FABRICA REGISTRADA. PARIS, 102, Rue Richelieu.— Todas Farmacias.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS**  
*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

**DICCIONARIO** de las lenguas española y francesa comparadas  
 Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes é idiotismos, así como el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada.—Cuatro tomos: 55 pesetas.  
 Montaner y Simón, editores.—Aragón, 255, BARCELONA

**PATE ÉPILATOIRE DÜSSER** destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DÜSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.